Buenos días, Euskadi

Joaquín Navarro



1

MITOS, DISFRACES Y REALIDADES

No soy nacionalista. Ni nacionalista español, ni nacionalista vasco ni de cualquier otra realidad nacional. Me atrajo poderosamente el nacionalismo andaluz cuando creí que, dadas las peculiaridades sociales de Andalucía, podía convertirse en un nacionalismo de clase que liderase las energías colectivas del pueblo andaluz y potenciase su sentido de la libertad política y de la igualdad social. No fue así y no parece que lo vaya a ser, pese a los esfuerzos de gente tan honesta como Alejandro Rojas Marcos, Julio Uruñuela o el ya fallecido José Aumente. Los efluvios nacionalistas de un minúsculo sector de la izquierda andaluza no pasan de ser impulsos residuales a contracorriente.

Pero tampoco soy antinacionalista. Toda posición política o ideológica que haya conseguido arraigar profundamente en un pueblo merece respeto, la compartamos o no. No lo merecen aquellos que, siendo nacionalistas fervorosos, y hasta rabiosos, se dedican a insultar y descalificar a los nacionalismos contrarios. Hay por ahí sueltos muchos nacionalistas españoles que enmascaran sus actitudes políticas en un presunto sentido de Estado, en la defensa del bien común nacional, de la sana convivencia entre todos los españoles, de la necesidad de «sumar» y no restar o de incluir y no excluir.

Son gente que lucha contra los nacionalismos diferentes al suyo asegurando que ellos no son nacionalistas y representan, simplemente, la sacrosanta unidad de la nación española, «patria común

e indivisible de todos los españoles». La fórmula constitucional es nacionalista. Impuesta por los poderes fácticos para compensar adecuadamente la introducción en la Constitución del concepto «nacionalidades», por si del mismo pudiese derivarse el reconocimiento de la autodeterminación de aquéllas. Hasta Solé Tura, que consideraba en aquel tiempo la autodeterminación como un «derecho natural indiscutible», suscribió aquella definición de España.

Es la misma gente que impuso la regulación de las Fuerzas Armadas en el título preliminar de la Constitución, junto a los grandes principios, los partidos y los sindicatos, cuando los ponentes constitucionales las trataban, como debe ser, en el título relativo al Gobierno y a la Administración, como parte de ésta. Ni el poder legislativo, ni el ejecutivo ni el judicial son tratados en el título preliminar. Las Fuerzas Armadas, sí.

Ya puestos a imponer, cometieron el grave error (y la indigna claudicación) de confiar a las Fuerzas Armadas la «misión de garantizar la soberanía e independencia de España, defender su integridad territorial y el ordenamiento constitucional». Es una fórmula innecesaria y peligrosa que puede alentar el pretorianismo más erecto y resistente. Es, además, profundamente nociva en un país con tan perversa tradición golpista y militarista.

Las palabras del ministro de Defensa en la última «pascua militar» (ya sólo falta crear una Epifanía castrense) distinguiendo entre el patriotismo español, que es el amor a la propia tierra, y el nacionalismo, que es el odio a la tierra del vecino, expresaron muy a las claras ese nacionalismo vergonzante pero palpitante. Espoleado por él, Eduardo Serra contestó aquel mismo día a un periodista que le preguntaba qué pasaría si alguien intentaba desgajar algún territorio de España, diciendo que eso era de la incumbencia de las Fuerzas Armadas. Como es obvio, el periodista se estaba refiriendo a la posibilidad de que Euskadi se hiciese independiente.

Es la misma gente que criminaliza el nacionalismo vasco, desprecia sus símbolos y su historia y se ríe abiertamente de sus «mitos». Como ha dicho mi admirado amigo Martín Miguel Rubio Esteban (en *La Razón* del 5 de febrero pasado) «mientras los hombres no entendamos que todas las teorías políticas son artefactos mitológicos, seguiremos sufriendo más de lo estrictamente necesario». Platón llamaba *«mythologia»* a sus grandes elucubraciones especulativas.

Toda política es mitológica y todo mito político no pasa de ser una explicación provisional y relativa sobre el hombre en comunidad, una forma histórica de calmar las angustias esenciales del ser humano.No hay mito político más peligroso que aquel que, siéndolo fatalmente, no se toma como mito y se enarbola como dogma. La idea, la realidad y el sentido de España como nación y como Estado son tan mitológicos como la ideología nacionalista vasca. Ni menos ni más. La gran mitología que es la política descansa en mitos inductores que llevan al pueblo en una determinada dirección. Pero el pueblo que es inducido se convierte en inductor cuando se identifica cultural y emocionalmente con su tierra y con su gente. Entonces el mito se convierte en un hecho vivo, en una realidad que nos es dada y que nos impulsa a querer la integridad de nuestra casa, la dignidad de los nuestros y la libertad de nuestro pueblo. A quererlas y a luchar por ellas si son negadas o amenazadas.

Nunca debieran serlo. La mitología política por excelencia es la mitología democrática y su función es, entre otras, asegurar el respeto cívico entre las diversas mitologías plurales que concurran en una misma sociedad o en un mismo Estado. Pocas cosas hay tan peligrosas como los políticos que creen como verdades absolutas sus propios mitos y son incapaces de convivir respetuosamente con otros mitos igualmente dignos y respetables. Desde la que consideran como única verdad posible, niegan a los demás el derecho a su verdad relativa. José Saramago lo decía muy bien. Este tipo de gente –que abunda como las palmeras en Elche– hace que la mentira universal sustituya a las verdades plurales.

Y piensan que sólo su nacionalismo es natural. Como dice mi entrañable Javier Ortiz –cuyo prólogo es un lujo para este libro y para su escribidor– la gran mayoría de los españoles entiende España como una entidad natural e inmanente. La mera hipótesis de que España pueda ser un precipitado aleatorio y alterable en función de elementos nuevos y distintos, les resulta impensable. Para la defensa de su espacio, de su escenario emocional, el nacionalista español hace suyos dos discursos simultáneos y contradictorios: frente al «peligro exterior», se muestra victimista y vigilante de la singularidad nacional asediada, de las particularidades amenazadas; frente al «ataque desde dentro» (es decir, de los nacionalismos «periféricos») asume la retórica cosmopolita y universalizadora del desprecio a los «localismos impropios de esta

época de superación de los Estados y las fronteras». Desprecia el euskera y explota de cólera cuando alguien elimina la españolísima eñe o pretende terminar con el toro de Osborne presidiendo el paisaje patrio con su negro y puntiagudo folclore a cuestas.

El arraigo de este nacionalismo acaparador, que se presenta como «conciencia nacional unitaria» o como expresión de una «nación plural» (no conozco naciones tan singulares y homogéneas que excluyan cualquier adarme de pluralidad) es sin duda el obstáculo más importante con que tropieza la búsqueda de una fórmula racional y política que permita superar nuestros problemas nacionales. El nacionalismo español está blindado por esa falsa conciencia que es la ideología. Es, en lo esencial, pura ideología. Taladrar este blindaje ideológico del más absorbente y «separador» de los nacionalismos que habitan esta Celtiberia nuestra de cada día es misión prácticamente imposible.

No conozco ninguna reflexión más original y rigurosa sobre la conciencia nacional, los nacionalismos «interiores» y el derecho de autodeterminación que la primera parte («El hecho nacional») de *El discurso de la República* (Temas de Hoy, 1994) de mi amigo y maestro Antonio García-Trevijano. Para él, «las naciones son meros hechos de existencia colectiva que cada generación impone, sin preguntar a las siguientes, con la familia, la lengua, la religión y el paisaje donde nace». La realidad nacional es un hecho de existencia que nos viene dado. El hecho nacional es indifernte a la idea que se hacen de él sus elites o clases dirigentes. Indiferente también a los «imaginarios» que lo hayan podido sustentar o lo sustenten en un momento histórico determinado.

Pero la pretensión de «autenticidad nacional», cuando la hace suya el Estado, puede llegar a destruir el pluralismo social, cultural e institucional, así como el equilibrio exterior con otros Estados. El nacionalismo gobernante se siente autorizado para hablar en nombre de la nación única o plural que dice representar y olvida que la mayor parte de los ciudadanos no comparte ese sentimiento exaltado y excluyente de la idea nacional. La conciencia nacional unitaria es perfectamente legítima si no pretende monopolizar la pretensión de autenticidad. Los diferentes modos de vivir y estar en una sociedad producen distintas vivencias y percepciones (a veces opuestas y divergentes) de la realidad comunitaria. Y estas distintas perspectivas ofrecen diferentes visiones ideológicas a los diversos tipos de conciencia nacional.

La pluralidad de conciencias nacionales es una realidad compatible con una opuesta conciencia nacional unitaria que tiene una condición inexcusable: que ni aquéllas ni ésta tengan una pretensión de autenticidad nacional excluyente. Entiendo la tesis de Antonio García-Trevijano de que la libertad política de la sociedad española, recuperada por una República democrática, podría reverdecer esa conciencia nacional unitaria rota por la corrupción política y moral de regímenes totalitarios y oligárquicos que se han alimentado de la servidumbre forzosa de algunos o de la servidumbre voluntaria de la mayoría del pueblo español.

Es una actitud inteligente y de una incuestionable genuinidad democrática. Su planteamiento de que «tenemos razones y energías de reserva para enfrentarnos al futuro con esperanzas fundadas de reencontrar, con la libertad política, la conciencia nacional de España», es serio y hasta admirable en su porfía por desenmascarar a los oligarcas que han mercadeado, y lo siguen haciendo, con la idea subnacional del Estado oligárquico de partidos. Pero no puedo aceptar que, por ser España «un hecho de existencia nacional con el que se topan todas las generaciones sucesivas de todos los pueblos que nacen y se reproducen en su territorio», no sean, o no puedan llegar a ser, Catalunya, Euskadi o Galiza hechos de existencia nacional investidos, como tales, del derecho a decidir por sí mismos cómo desean articularse dentro del Estado español o si lo desean. Como es obvio, tendría que darse un presupuesto indispensable: que una clara mayoría de sus ciudadanos tenga conciencia de su respectiva realidad nacional y consideren que existen razones de justicia para reclamar y ejercitar el derecho de autodeterminación.

No creo que ninguna generación ostente en exclusiva la capacidad y el derecho de predeterminar de una vez y para siempre una realidad nacional y plasmarla jurídica y políticamente en un Estado. Tampoco creo que la existencia secular de un Estado concreto, hecho realidad tras muchos años de violencia, imposición, guerras, pactos y reajustes, constituya un hecho sagrado que, por venirnos dado, sea intangible. La tesis de Edmund Burke de negar el derecho constituyente de una sociedad o de un pueblo porque ha prescrito por el transcurso del tiempo la realidad estatal de que se trate es, sencillamente, irracional. Toda generación tiene igual derecho que las anteriores a que su tiempo de historia se convierta en tiempo de constitución de nuevas realidades políticas o de transformación de las vigentes. En este sentido, la actitud de Tom

Paine, que reconoce la misma capacidad constituyente a las generaciones posteriores, parece más razonable y democrática.

Afirma García-Trevijano que «la nación estatal es un puro hecho de existencia social de la humanidad que debe muy poco a las libertades y derechos individuales y colectivos». Pero ese «puro hecho» tuvo una formación muy prolongada antes de llegar a serlo y cuajar en una realidad nacional. Y si tiene poco que ver con el Derecho y con la libertad es porque ha sido impuesto y, en gran medida, si no ha logrado fundarse en una amplia y profunda conciencia colectiva —la conciencia nacional— sigue siendo una imposición. Estoy seguro de que mi amigo García-Trevijano está radicalmente alejado de proponer o declarar como intangible algo impuesto.

Estoy, sin embargo, de acuerdo con García-Trevijano en su dura crítica contra los «sentimientos bastardos» que han suplantado el sentimiento español de la patria (o el vasco, el catalán y el gallego). A la cabeza de esos sentimientos están el «patriotismo de Estado», el «patriotismo de Constitución» y el «patriotismo de partido». Tres patriotismos disfrazados de racionalidad y nobleza, como si nada tuviesen que ver con la «estadolatría nacionalista» que con tanta facilidad se apodera de nuestros políticos y que, por simple reacción filistea, invade el campo de los nacionalismos periféricos. Nunca he comprendido la obsesión por el Estado de quienes son conscientes de su realidad como «dominación sobre los pueblos». De quienes saben que está presidido por la lógica de la guerra contra su propia sociedad civil y que es erigido por la violencia constituyente. Como señala Gabriel Albiac (*Desde la incertidumbre*, Plaza Janés, 2000) la esencia misma de la funcionalidad política moderna «es el doble funcionamiento simultáneo del garantismo y del terrorismo de Estado». ¿Es esto lo que desean crear los nacionalistas vascos, aquello que se les viene aplicando de forma implacable desde hace tantos años?

Sea como fuere, la realidad de Euskadi es también un hecho dado, como lo es la ascendente conciencia nacional de los vascos. Como sabemos, los hechos son muy tozudos y si los arrojamos por la puerta terminan entrando por la ventana. Ante esta realidad de Euskadi como un hecho nacional emergente que, cada vez con más fuerza y mayor pasión, exige la autodeterminación que le corresponde a cualquier hecho nacional arraigado en la conciencia de la mayoría, o se le respeta o se dialoga insistente e inteligentemente con él o se le reprime. No es posible ignorarlo.

Yo, que no soy nacionalista ni antinacionalista, estoy por el respeto y el diálogo. No me perturba lo más mínimo que la autodeterminación pueda desembocar en la independencia. Tampoco ha perturbado a la imensa mayoría de los españoles que, progresivamente y de forma imparable, el Estado español se esté diluyendo en la Unión Europea y que la conciencia nacional española vaya desvaneciéndose en la nueva y renovada mitología de Europa. Lo que sí me perturba hasta horrorizarme es que algunos o muchos españoles no estén dispuestos a que la autodetermiación de Euskadi —o la de Catalunya o Galiza— sólo sea posible mediante la violencia, no a través del diálogo entre personas dignas y libres que respetan sus respectivas conciencias nacionales. Si es cierto que la independencia de una comunidad particular del Estado nunca podrá realizarse como fruto de una prolongada acción cultural, social, institucional y parlamentaria sino que será necesario un momento de ruptura violenta, es que el cainismo y la costumbre de la sangre asesinada siguen campando —y campeando— por estos lares celtibéricos.

No puedo ni quiero creerlo ni aceptarlo. Amo a Esukadi y admiro al pueblo vasco al mismo nivel que a mi dulce y amarga Andalucía, feudo de tantas oligarquías repetidas y víctima de expolios y servidumbres sin cuento. Me sobresaltó Euskadi desde que llegué como juez de instrucción a Tolosa, en 1975, y conocí la pasión vital y el amor por la libertad de un pueblo contra el que no podían todos los opresores, represores y verdugos juntos. En aquel tiempo, nacionalistas moderados y radicales, comunistas y socialistas, ugetistas y «comisionistas», izquierda y extrema izquierda estaban juntos contra la dictadura y por la autodeterminación.

En una sola mañana, la Guardia Civil llevó al juzgado a ciento tres detenidos por delitos de asociación y manifestación ilegal. La hermosa plaza de los Fueros de Tolosa estaba repleta de gente que esperaba ver qué pasaba con los detenidos. Fueron saliendo uno a uno en libertad. Como las explosiones de júbilo eran constantes y a la puerta del juzgado había guardias civiles con metralletas, cada vez más nerviosos, les rogué a los detenidos que salieran al menos de diez en diez. Pero fue todavía más escandaloso. Había detenidos de todas las procedencias ideológicas y de todas las militancias políticas y sindicales de la izquierda vasca. Muchos de ellos, apaleados en cuartelillos y comisarías.

Después de ésta y otras experiencias supe que nadie podría contra ese pueblo. Estaba yo acostumbrado al temor y a la servidumbre de tanta pobre gente de Andalucía, Extremadura y Castilla. Mis recuerdos de Tolosa me llevaron a San Sebastián cuando ascendí a magistrado, después de superada mi experiencia como senador y como diputado socialista por Almería. Dimití de mi escaño y, después de un breve paso por Navalcarnero, llegué con mi familia a San Sebastián en febrero de 1981 y allí estuvimos hasta el verano de 1984. La represión continuaba siendo feroz pero era más intensa la fuerza de la rebelión y la pasión de libertad y de justicia. Encajonados entre el temor y un futuro nacional preñado de promesas, sólo les quedaba la fuerza de la rebelión contra la injusticia y la arbitrariedad, el orgullo y el coraje para resistir frente a una ciega violencia desatada contra el radicalismo nacionalista.

De un lado, el terror etarra; de otro, el terrorismo de Estado, ambos con su locura y su ferocidad a cuestas y los dos invocando legitimidades históricas y nacionalistas, aunque sólo el último utilizaba como coartada el Estado de Derecho y el imperio de la ley cuando, en realidad, no obedecía a otra razón que a la razón de Estado ni a otra ley que a la ley de la jungla. Además, el terrorismo nace siempre de las entrañas del Estado. Como señala Chomsky, todo terrorismo empezó siendo terrorismo de Estado hasta que los Estados, hartos de ser sujetos de tan abominable realidad, se la endilgaron a sus enemigos interiores más radicales. Sólo el terrorismo contra el Estado pasó a llamarse así. El que practica el Estado es represalia, cruzada, o lucha antiterrorista.

La razón de Estado actúa a fondo y con toda su desnudez en Euskadi. Giovanni Botero la definió para siempre: «El Estado es una firme dominación sobre los pueblos y la razón de Estado es el conocimiento de los medios adecuados para fundamentar, conservar y engrandecer ese dominio y ese señorío». El conocimiento y la aplicación de esos medios. Todo Estado descansa en el terror. Es una máquina de violencia y coacción que, cuando se tropieza con gentes que cuestionan sus propios fundamentos, sólo conoce el lenguaje del exterminio. Spinoza lo decía insuperablemente: «Aquellos que no aceptan el miedo ni la esperanza y no dependen más que de sí mismos, pasan a convertirse en enemigos del Estado». Frente a ellos, sólo existe, por encima de cualquier norma, sin el derecho y contra el derecho, represión y violencia descodificada. Sólo para los amigos hay espacio representativo y

garantías jurídicas. Para los enemigos, no existe más ley que la violencia.

Decía Bergamín que «el poder fáctico es siempre tenebroso porque es el de las tinieblas mismas; y más donde no hay otro». Y añadía: «el terrorismo no es una degeneración política o policíaca: lo que hoy se llama así, nace del Estado y se hace razón de Estado. El terrror nace naturalmente, como sobrenaturalmente, de la irracionalidad de la vida que se verifica por la muerte». Bergamín era un maestro de la terrible dialéctica entre la vida y la muerte:

La muerte está viva cuando tú estas vivo
cuando tú te mueres, se muere contigo.

No quiero esa dialéctica y mucho menos aplicada al sufrimiento que provocan los mitos terribles que causan y consagran sacrificios humanos. Es preciso rechazar toda verdad absoluta, todo monopolio de la moral y la ética. Hay que defender la verdad que sabemos y contamos con la firmeza, sí, de las convicciones y los principios pero con la conciencia de su fatal relatividad. Sólo en ese sentido cabe aceptar la afirmación de Bergamín: «Si no hay verdad en la vida, tampoco la habrá en la muerte». En la vida sólo hay vida, placer y dolor, libertad y servidumbre, igualdad e iniquidad, dignidad e indignidad. En la muerte sólo hay muerte. «Lo demás era muerte y sólo muerte», como cantaba García Lorca.

Quiero que el tiempo de Euskadi sea, a la vez, tiempo de historia y tiempo de cosecha. «La obsesión por la cosecha y la indiferencia ante la historia son las dos extremidades de mi arco», decía René Char. Pero si el tiempo de la historia no está hecho con el tiempo de la cosecha, la historia no es más que una sombra fugaz y cruel de la que el hombre no forma parte. Como pensaba Camus, «quien se da a esa historia, no se entrega a nada y, a su vez, no es nada».

Pero quien se entrega al tiempo en que vive, a la causa que defiende, a la dignidad de los vivos, ése se da a la tierra y recibe su cosecha, que siembra y alimenta de nuevo. Albert Camus decía que «sólo hacen avanzar la historia aquellos que saben rebelarse contra ella en el momento preciso». Esto supone una tensión continua y la «serenidad crispada» de que hablaba René Char. La verdadera vida está presente en el corazón de ese desgarramiento. «Lo que tiene resonancia para nosotros, en los confines de esa gran

aventura de rebelión, no son fórmulas de optimismo sino palabras de coraje e inteligencia que, junto al mar, son incluso virtud.»

Camus se refería, como expresión más pura de esa rebelión, a los católicos vascos condenados a los calabozos de Franco que se negaban a recibir la comunión porque los curas del régimen la hicieron obligatoria en ciertas prisiones. Rechazaban, si era preciso, la salvación si debía ser pagada con la injusticia y la opresión. El honor de esta rebeldía está en distribuir todo en la vida presente y entre los hermanos vivos. Porque la verdadera generosidad para con el futuro consiste en darlo todo en el presente.

Es necesario que en Euskadi coincidan, de una vez, tiempo de historia y tiempo de cosecha. Que los violentos de todos los signos deaparezcan de la escena vasca con su carga de destrucción y de odio. Que la rebelión siga siendo movimiento y pasión de vida y no se sustituya jamás el amor y el respeto a los no rebeldes por la marginación y el resentimiento. Si la rebelión olvida sus orígenes y se deja dominar por el rencor, niega la vida, corre hacia la destrucción y crea una cohorte de falsos rebeldes, semilla de esclavos, que terminan ofreciéndose en los mercados de Europa a la servidumbre que resulte más rentable. Entonces ya no será rebelión ni revolución, sino resentimiento y tiranía en nombre del poder y de una historia sin posible cosecha.

Frente al terrible verso de Quevedo «yace la vida envuelta en alto olvido», hay que cantar, hasta creérnoslo, el hermoso poema de de Ángel González:

Pero nada es aún definitivo
mañana he decidido ir adelante
y avanzaré
mañana estoy dispuesto a estar contento
mañana te amaré mañana
y tarde
mañana no será lo que Dios quiera.

Será lo que quiera la sociedad vasca. En sus últimas reflexiones de *L'Homme revolté,* Camus parecía pensar en Euskadi: «Al final de estas tinieblas es, sin embargo, inevitable una luz que ya adivinamos y que sólo tenemos que luchar para que se haga; todos, entre las ruinas, preparamos un renacimiento». Por eso, buenos días, Euskadi. *Egun on*, Euskadi.

2

La razón de Estado en Euskadi

1. *Sabor a ceniza y sangre*

Es fascinante el espectáculo que nos ofrecen los políticos del poder. Cuando perpetran alguna iniquidad pública, debidamente maquillada por insistentes cosméticas jurídicas, sacan pecho ultramontano y dicen que se ha cumplido con el Estado de Derecho. Deben pensar que es una fórmula objetivamente democrática, pero no es cierto. La expresión Estado de Derecho sólo tiene valor ideológico y fue difundida en Alemania, desde 1864, para intentar enaltecer el Derecho público de la monarquía prusiana. Su falta de consistencia científica se puso de relieve cuando Karl Schmitt la hizo equivalente al Estado burgués de Derecho. Tenía dos elementos: el jurídico y el político. Este último primaba absolutamente sobre el primero. La decisión del poder está por encima del Derecho. La razón de Estado prevalece siempre sobre la razón jurídica y la termina pudriendo y extirpando cuando la justicia es desalojada por la excepción y la emergencia.

Causa por ello una profunda melancolía (la de la ciudad decrépita que nos decía Antonio Machado) escuchar a los psicofantes del poder el discurso vacío del Estado de Derecho. No quieren decir con ello que el Estado se someta al Derecho sino que éste se subordine al Estado para legitimar cualquier infamia. Hablan inmediatamente del imperio de la ley y casi lloran de placer al pro-

Mayor y compañía: pueden recurrir a lo que les pete, incluso a meternos a todos en la cárcel con la colaboración de «jueces benévolos», como ya «han hecho en otras ocasiones con nacionalistas de esta tierra».

No sé si Arzalluz pensaba en El *Alguacil Endemoniado* de Quevedo. Cuando Calabrés interroga al espíritu preguntándole si hay jueces en el infierno, la respuesta fue tremenda: «Los jueces son nuestros faisanes, nuestros platos regalados y la simiente que más provecho y fruto nos da a los diablos, porque de cada juez que sembramos cogemos a seis procuradores, dos relatores, cuatro escribanos, cinco letrados y cinco mil negociantes; esto cada día... Y si el año es fértil de trampas no hay trojes en el infierno donde recoger el fruto de un mal ministro».

Desde luego, Arzalluz no pensaba en Javier Gómez de Liaño, al que acababa de enaltecer en *DEIA* en un artículo plagado de expresiones de afecto y admiración al excelente juez instructor del caso Lasa-Zabala, víctima de la persecución del polanco-felipismo más rastrero y de una condena que ha pasado ya, por derecho propio, a la *Historia universal de la infamia* de Jorge Luis Borges. El «enterramiento» de la independencia del poder judicial era especialmente profundo en Euskadi. Habían colaborado fervorosamente algunos «jueces benévolos». Publiqué con ese título un artículo en «Otras razones» de *La Razón* (1 de abril de 1999) respaldando la tesis de Arzalluz y haciéndome eco de un inteligente artículo de Antonio García-Trevijano, publicado en la misma sección del periódico, destinado a la descripción de los jueces-escarabajo, así llamados por su afición a la coprofagia.

Decía en mi artículo que «los jueces benévolos tienen la infinita audacia de las personas elegidas desde el poder». «Como gente avezada a la justicia del príncipe, son jueces de cámara, prestos siempre a la iniquidad y tan inaccesibles al honor como a la justicia. No están dispuestos a que la verdad les arruine un buen procesamiento o una prisión estruendosa. Sus conexiones mediáticas son inmensas y rumorosas.» Me preguntaba si Arzalluz era consciente de la gravedad de su desafío y le preguntaba si confundía a los jueces benévolos «con pájaros garzones con el pico largo, el collar rojo, las alas negras y el vientre blanco que los asemeja a la benevolencia circoniforme de las garzas».

Nada tienen que ver con las garzas los ejemplos más notables de la plenitud del Estado de Derecho y del imperio de la ley en

Euskadi. Basta con analizar someramente el problema de los presos vascos, la tortura de nunca acabar, la exhibición de la justicia con la Mesa Nacional de HB y el vuelo esplendoroso del gran Garzón en el cierre de *EGIN* y sus interminables secuelas. Cabría también hablar de innumerables asesinatos y atentados contra la dignidad humana cometidos en Euskadi al amparo del Estado de Derecho y el imperio de la ley. Del narcotráfico y la distribución de droga practicados por miembros de la Guardia Civil y de la policía con una casi absoluta impunidad. De las sospechas fundadas de que también agentes del CESID andaban en ello, aplicando técnicas aprendidas de la policía americana en la eliminación de los Panteras Negras. Como botón, basta una muestra: aún siguen abiertas en el juzgado de instrucción n.º 01 de Donostia las diligencias previas 491/91, en las que están implicados Galindo y algunos de sus chicos por tres auténticas futesas: narcotráfico, proxenetismo y contrabando. Gentes así han mandado —y mandan— mucho en Euskadi. Los repetidos banquillos de los casos GAL son testimonio de ello. Sus huecos, también.

3. *Prisioneros y rehenes del Estado*

Buena parte de este libro está dedicada a las distintas vertientes de este problema, sin duda alguna la exhibición más cínica e impúdica de lo que no debe ser en un sistema mínimamente respetuoso con el Derecho y con la ley. Sin duda alguna también, el obstáculo más grave para una exigible humanización y dignificación del conflicto vasco. Como se habla del mismo, al hilo del relato, una y otra vez, basten aquí algunas breves consideraciones.

Después de un Consejo de Ministros fronterizo con la Navidad, en plena pleamar reivindicativa de los derechos de los presos vascos, el ministro Piqué —que acaba de asegurar que el escándalo racista de El Ejido ha sido causado por la ley de extranjería— dijo con su seriedad característica que mentimos los que sostenemos que el acercamiento de los presos vascos a Euskadi es un derecho. Podemos descansar tranquilos. Un eminente jurista (es ingeniero) nos dice que no es un «derecho subjetivo» sino un simple «criterio orientativo».

Miente, dijo el ministro-portavoz, quien asegura lo contrario. Mienten también los que afirman que los presos etarras son pre-

portavoz del instructor (al que previamente había instruido) asegurando que se había cumplido la ley. Y que impulsar su cumplimiento, «sin consideraciones de oportunidad o inoportunidad política, demostrando que no hay áreas de impunidad, es el objetivo prioritario de la lucha antiterrorista del Gobierno».

Además, el secreto del sumario no afectaba al Gobierno y sólo éste y la clase política integrada están legitimados para valorar determinadas actuaciones judiciales. El elogio y el éxtasis ante las mismas no las interfiere en forma alguna y no implica precipitación o imprudencia. Es sólo, como en los viejos tiempos, la crítica destructiva. Nadie puede afirmar que la hoguera inquisitorial está encendida aunque su resplandor y su temperatura lo dañen hasta cegarlo. Nadie debe advertir sobre la realidad de una estenosis del útero democrático en nombre de un derecho de emergencia que sitúa la razón de Estado y la seguridad del Estado por encima y en contra del Derecho.

La musicalidad de Rubén Darío venía muy a cuento:

A un cruzado caballero
garrido y noble garzón
en el palenque guerrero
le clavaron un acero.

Sabemos que era un cruzado de alguna causa. Todas las causas tienen cruzados o gazules. No sabemos si el acero era toledano o albaceteño ni si el garzón vulnerado fue víctima de alguna garzonía, es decir, de la solicitación, enamoramiento o cortejo que lo convirtiesen, en pleno duelo, en urogallo deslumbrado ante la gentileza de la urogallina. El maestro García-Trevijano abreviaba descarnadamente las cosas: era un coleóptero judicial.

El sumario iba a dar mucho de sí. Presos a los que enseguida se fijaban fianzas millonarias, que se reducían como encogidas por el agua. Descubrimientos tan espectaculares como que existía vinculación entre ETA y KAS. Y un esperpento garzonita que superaba todo lo esperable: a los seis meses del cierre de *EGIN*, una llamada UCI (Unidad Central de Inteligancia) «descubrió» en el ordenador de Pepe Rei un documento en el que, según Garzón, se vertían graves injurias contra el jefe del Estado y otras altas instituciones del reino. Se habrían formulado en una reunión fantasmal en la que yo actuaba de anfitrión, Jesús Santaella de informador y Pepe Rei de «informado». Un mes antes de que apareciese el esperpento, un periodista amigo me advirtió de que algo se estaba preparando contra mí en relación con mis «simpatías filoetarras». Mayor Oreja y el comando Rubalcaba lo habían comentado con el director de cierta importante emisora. El 28 de febrero, a mediodía, Telecinco lanzó aquel adefesio como «exclusiva».

En aquel tiempo, como hoy mismo, Telecinco estaba inmerso en uno de esos sumarios garzonianos que no tienen fin. Era pintiparada para «filtrarle» la información, menester en el que don Baltasar es un auténtico mago. Santaella y yo aparecíamos, no ya sólo como amigos de Pepe Rei, que es cierto, sino como integrantes del MLNV y del «entorno etarra». Era esta la perspectiva desde la que habíamos «conspirado» contra el rey. El reportaje duraba más de diez minutos y se repitió por la noche y los dos días siguientes.

El mismo día 28 de febrero, Santaella se presentó en el juzgado de guardia de la Audiencia Nacional para exigir que se nos informase de si éramos objeto de alguna investigación judicial para comparecer en la causa. Rápidamente Garzón, para evitar nuestra comparecencia, decretó el secreto de las actuaciones. El fiscal las calificó despectivamente, por no tener entidad ni credibilidad alguna y pidió su archivo inmediato. Garzón se tomó el tiempo preciso para preguntar a su UCI si había trascendido a la opinión pública el contenido del documento, sin duda introducido por manos policial-judiciales en el disco duro del ordenador de Pepe Rei durante los meses transcurridos desde su incautación.

Los periodistas que suelen hacer «pasillos» en la Audiencia Nacional habían recibido del propio Garzón la confidencia de que «algo gordo» iba a estallar en pocos días. Los periodistas corrieron a informarse a la fiscalía, donde se les respondió que no sabían que se fuese a producir ninguna noticia importante, ni procedente del juzgado de Garzón ni de otro cualquiera. La UCI policial respondió a la pregunta garzonita diciendo que el documento no había tenido trascendencia alguna. A lo que se ve, la policía no había visto Telecinco ni oído la enorme repercusión de su «exclusiva». Le respondieron al juez que nadie sabía nada del documento.

Sólo después de evacuada tan bizarra consulta, Garzón decidió archivar la causa, si bien dejando bien claro, para encubrir su ridículo y la reiterada prevaricación perpetrada, que tanto Pepe Rei

para fundamentar, conservar y engrandecer esa dominación y ese señorío».

Si frente al Estado surge, dentro del mismo, un proyecto de emancipación nacional que, sin miedo pero con esperanza, aspira –aunque sea a muy largo plazo– a conformar un Estado diferente o una unidad política con propia legitimidad, al margen de la dominación del Estado primigenio, éste no puede hacer otra cosa, según esa «lógica de la guerra», que ejerecer su represión. Como señala Gabriel Albiac («Poder y Derecho», en la obra colectiva *La revolución de los derechos humanos*, Ateneo de Madrid, 1999), «hablando en rigor, no hay Estado ilegítimo: todo Estado se constituye a sí mismo como modelo de legitimidad en el acto de excluir radicalmente, arrojándolo a los abismos exteriores del atentado contra los intereses públicos, a cuanto pueda transgredir las normas de juego que él fija, su modelo de representación [...]. Fuera del Estado –de todo Estado– sólo hay exclusión y anomalía, mundo aniquilable de marginalidad [...]. La Constitución –toda Constitución–, al fijar los márgenes absolutos de lo legítimo sitúa las lindes fuera de las cuales sólo hay violencia sin garantías, descodificada, fijando lo que, en sentido propio, podría designarse como el código en negativo del terror».

Si esto es así, no hay otra forma de afirmarse frente al Estado que la violencia revolucionaria. Según Antonio Negri, «cuando se habla de revolución se habla de poder constituyente» y a la inversa. No existe poder constituyente sin una ruptura revolucionaria con el Estado constituido a cuyo seno pertenecen las nuevas fuerzas constituyentes. En el mismo sentido se manifiesta Antonio García-Trevijano (*El discurso de la República*, Temas de Hoy, Madrid, 1996), para quien el principio de autodeterminación sólo puede imponerse, tras la Revolución Francesa y consumado el proceso descolonizador, a través de la ruptura violenta con el Estado constituido a cuyo seno pertenece la colectividad o el territorio que reivindica ese principio como derecho.

Es decir: violencia contra violencia. Una mitología fundante contra otra mitología fundada. Dentro de ésta, existen espacios representativos y garantías jurídicas para quienes no asuman el riesgo de cuestionar los fundamentos mismos del Estado, que constituyen la *salus populi*, la *salus republicae*. Más allá, desagües, galerías subterráneas, ajenas a toda ley porque son más originarias que ella. Violencia descodificada, en suma. Platón aseguraba

que toda ideación política es un mito. Sería muy saludable que todos los políticos digiriesen plenamente este concepto. Los mitos pueden ser sostenidos con fuerza, coraje y gallardía, pero nunca matando, aniquilando o torturando.

Dos poderes armados, aunque desiguales, frente a frente. Cuando los elementos racionales y jurídicos del Estado son desbordados por el «imaginario» nacionalista español que alienta en sus vertientes más regresivas, pese a su aparente y buscada modernidad, y cuando esta realidad es provocada por los núcleos más irracionales del «imaginario» nacionalista vasco, sólo cabe la lógica de la guerra. Si el Gobierno, amparado por fuerzas políticas y sociales muy amplias, entiende que el único diálogo posible con ETA es la rendición de ésta a cambio de una política penitenciaria generosa con sus presos, excluyendo cualquier negociación política con el conjunto del nacionalismo vasco, no hay posible camino de paz.

Si ETA y los suyos entienden que la soberanía y la independencia de Euskadi, de la que debe ser instrumento necesario un Parlamento de inmediata elección por todos los vasco-españoles y vasco-franceses, son objetivos irrenunciables e innegociables para que exista una tregua definitiva y ETA desaparezca de una vez, no hay más camino que la lógica de la guerra.

6. *En busca de los culpables*

A pesar de que las primeras reacciónes del frente «constitucionalista» coincidieron en señalar a ETA como única culpable de la ruptura, algunos dirigentes no pudieron evitar reproches más o menos concretos a la actitud del Gobierno, que había contribuido con su política dilatoria a la decisión etarra. «Algo se estaba pudriendo y estancando», dijo Ramón Jáuregui, que destacó los esfuerzos de Almunia por «alimentar y estimular las voces que había dentro de HB a favor de mantener la tregua». Manuel Chaves se pronunció en parecidos términos, afirmando que el proceso de paz había entrado, hacía tiempo, «en una inercia preocupante por falta de iniciativa». Ya se estaba apuntando en el PSOE la posición táctica de condenar sin paliativos la ruptura de ETA combinándola con reproches cada vez menos velados a la falta de capacidad y cintura política de Aznar y los suyos.

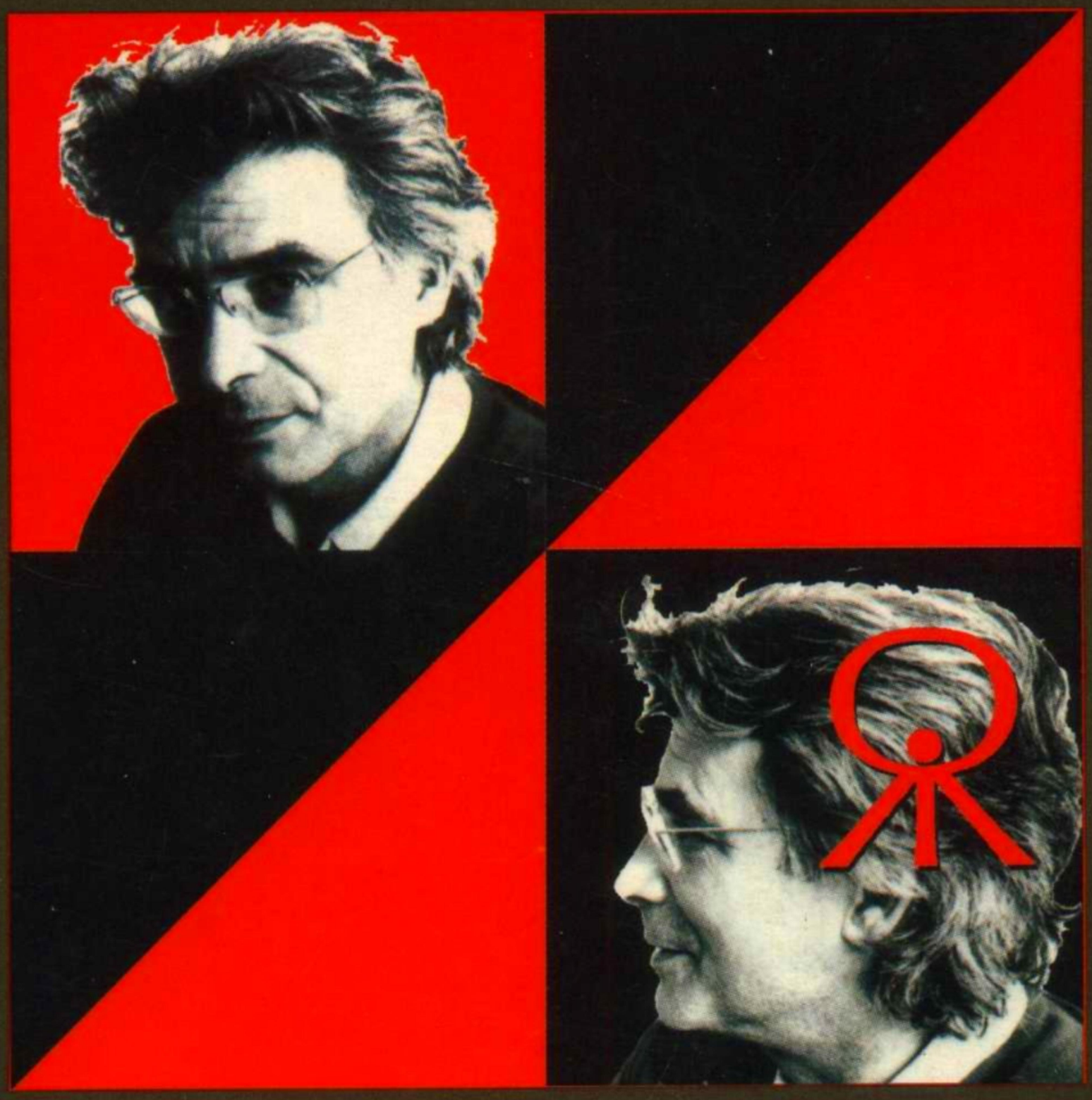
Toda política es mitológica. El nacionalismo es una mitología más, pero el nacionalismo español suele disfrazarse de «sentido del Estado» para luchar contra los nacionalismos «periféricos», especialmente el nacionalismo vasco. Si éste exige el derecho de autodeterminación o la independencia, el nacionalismo español recurre a la criminalización y la razón de Estado, utilizando como coartada la lucha contra el terrorismo. El nacionalismo vasco es el «cáncer», el terrorismo una «úlcera». Contra el cáncer sólo cabe la extirpación, sin reparar en medios.

El Pacto de Lizarra ha sido, desde su nacimiento, el gran enemigo. La conjunción en el análisis, el método y los objetivos del nacionalismo moderado y la izquierda abertzale es la metástasis del cáncer. El estallido de Lizarra, acompañado por la tregua indefinida de ETA, disparó las alarmas del sistema. Era un desafío intolerable, de poco servía la desaparición de la úlcera a cambio de la potenciación del cáncer. La historia de la tregua ha sido la crónica de una frustración anunciada, ante una negociación protagonizada por el Gobierno y ETA, inflexibilidad y maximalismo frente a frente. No hubo lealtad con la tregua. Ni se le concedió el tiempo necesario ni se tantearon sus potencialidades reales.

ISBN 84-95440-06-7

9 788495 440068

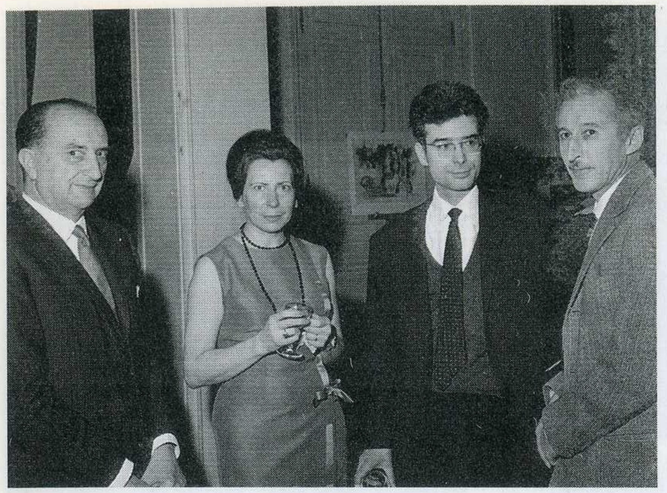
Albert Forment



José Martínez: la epopeya de Ruedo ibérico

Finalista XXVIII Premio Anagrama de Ensayo

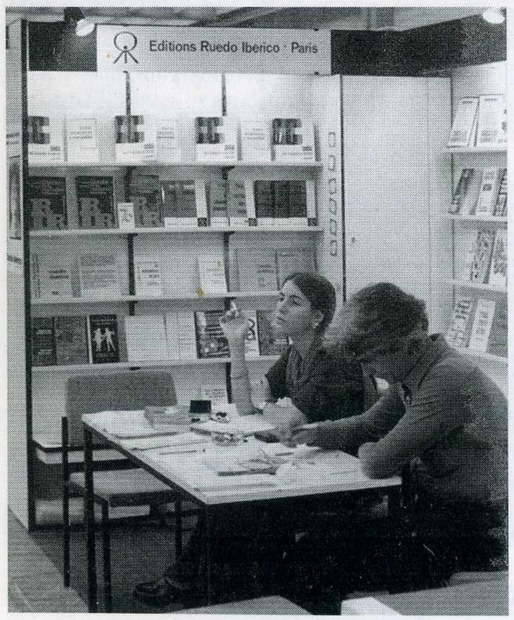
ANAGRAMA
Colección Argumentos



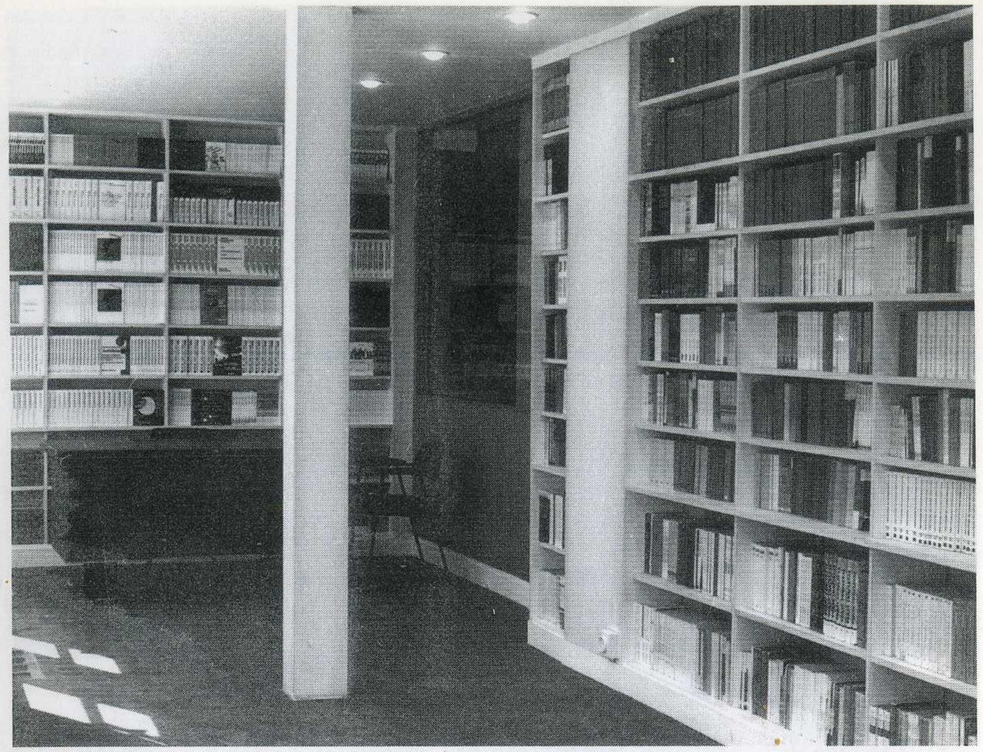
Acto de presentación del libro *España hoy*. De izquierda a derecha, Giovanni B. Pirelli, Elena Romo, José Martínez y Joan Casanellas. París, 14 de febrero de 1964.



Reunión de editores españoles en la Feria Internacional del libro de Frankfurt. De izquierda a derecha, Carlos Barral, Juan Grijalbo y José Martínez. Septiembre de 1976.



José Martínez y Denyse Vaillancourt en el *stand* de Éditions Ruedo ibérico, en la Feria Internacional del Libro de Frankfurt. Octubre de 1976.



Frente y lateral izquierda del interior de la librería de Éditions Ruedo ibérico en la sede de la rue de Latran, poco antes de la inauguración. París, junio de 1970.



Efectos de la bomba colocada por la ultraderecha española en la sede de Ruedo ibérico en la rue de Latran. Al fondo, Antonio Pérez. París, 14 de octubre de 1975.

y estoy seguro de que mano a mano colocábamos RI en órbita lunar. Bien lejos de las manos de aquellos que desean su liquidación.»[37] Pero por entonces el director de Ruedo ibérico, tras uno de esos espantosos veranos de calina, trabajo, soledad y miseria en París que tanto lo mortificaban, y ya agotada la euforia posdepresiva, le respondió fría, casi cínicamente, del mismo modo que el año anterior había hecho con Ignacio Fernández de Castro, pues continuaba resentido porque Blume no sólo no se había plegado a sus exigencias de devolución de capital, sino que además ahora quería coartar su independencia, según creía, absorbiendo la editorial, a lo que desde luego no estaba dispuesto: «... quiero terminar con Siegfried de cierta manera: devolviendo lo que aportó. Y no quiero terminar de otra: cediendo la herencia moral». José Martínez quería imponer a Blume un compromiso unilateral por el cual Ruedo ibérico le devolvía en libros el capital hasta entonces invertido. Blume se negaba por problemas de almacenamiento y liquidez, o caso de aceptar, exigía un descuento especial, y esa disputa sin resolver poco a poco fue agriando su relación.

En septiembre de 1969 Ruedo ibérico, como empresa, atravesaba desde luego una situación imposible. El único empleado fijo con dedicación exclusiva era José Martínez, que «desde mayo solo ha cobrado 1500 F., de los cuales ha ingresado 700 en la empresa, lo que hace una media de 200 F. por mes». Bajo el rimbombante título de empresario y director de Ruedo ibérico, José Martínez se pasaba el día haciendo paquetes y facturas, llevando los libros de contabilidad, reclamando deudas y escribiendo correo comercial, e incluso firmaba cheques sin provisión de fondos. José Simoes le ayudaba cuatro horas al día, y José Luis Colodrón, por su parte, había vuelto el 1 de septiembre a España. En el plano puramente editorial, «dos impresores exigen la prosecución de dos obras en fabricación, detenidas desde 1968; un autor exige la edición de su libro en los términos establecidos en contrato; dos editores exigen la publicación de dos obras cedidas». No es extraño que la angustia, la zozobra y la depresión devoraran de nuevo el poco ánimo del director de Ruedo ibérico, sobre todo tras recibir una carta del fisco reclamando judicialmente el pago de sus deudas. «Personalmente las cosas me van muy mal. Supongo que tendrán que terminar por expulsarme de mi alojamiento. Porque no pago. Hoy tengo que dar un cheque de 1.400 F. a la patrona y no hay de qué. Tengo una comunicación de *huissier* en la casilla que no he querido ver. (...) Se trata de impuestos, claro está. (...) Pienso algo en el libro. Pero poco. Ya puedes imaginar que el clima no se presta a

ello. Además de que 400 paquetes por mes son muchos paquetes, 200 facturas muchas facturas, 400 etiquetas y 300 sobres muchas etiquetas y muchos sobres.»[38]

A principios de octubre Fernando Claudín y Jorge Semprún, que habían estado desde hacía meses realizando gestiones de todo tipo, ante Faustino Lastra el primero, en España el segundo, para reflotar Ruedo ibérico, se rindieron a la evidencia. Faustino Lastra, aunque no lo dijera claramente, no iba a realizar ninguna inversión, y Semprún, tras patear Madrid y Barcelona en demanda de ayuda, desolado, había llegado a la conclusión de que el dinero había que encontrarlo en Francia, porque no se podía esperar ninguna inversión monetaria de sus amigos de España. José Martínez, amargado, volvió a cargar injustamente las tintas respecto de los amigos que intentaban ayudarle: «Del grupo Lastra/Claudín/Semprún, nada hay que esperar ya de manera oficial y tajante. Todo estaba fundado en Lastra y sus amigos de España. Los "esfuerzos" de Semprún en España cerca de esos amigos (Pradera, Saura, Tàpies, etc.) fracasaron. Los de Claudín por carta y personalmente cerca de Lastra y Tàpies igualmente. De Claudín no se puede esperar más que su presencia y su libro. De Semprún cabe esperar algo por sus posibilidades parisinas y nada por su carácter.»[39] El único que sí parecía dispuesto a hacer realidad su ayuda económica, aunque en principio fuera la mínima para detener procesos por impagos, y sin que los dos anteriores lo supieran, era José Vidal Beneyto, que ya había invertido 200.000 pesetas del millón que había prometido para 1969. Y en efecto, su eficaz y leal paisano consiguió convencer a un amigo suyo monárquico, el notario madrileño y por entonces asesor del gobierno guineano Antonio García-Trevijano, para que de vuelta de un viaje a Guinea pasara por París y se viera con el director de Ruedo ibérico. Fue un simple contacto sin ningún resultado directo, pero que sentó las bases del futuro, porque José Martínez, como siempre que se lo proponía, dio muy buena impresión, de hombre serio, con ideas claras, fiable, y por lo demás Ruedo ibérico mantenía su prestigio intacto.

Con quien el director de Ruedo ibérico había estado al borde de la ruptura definitiva era con Siegfried Blume, y por los mismos motivos de siempre: la incorporación de nuevos socios con ideas y personalidad propia. En cuanto Blume, con quien se había entrevistado en París para dar un renovado impulso a la editorial, intentó plantear un plan de inversión y crecimiento que pasaba por recortar drásticamente la independencia absoluta de que había gozado hasta entonces José

Martínez, éste se revolvió furioso y ya no quiso discutir nada. Era una situación parecida a la que había ocurrido tiempo atrás con Ignacio Fernández de Castro. En este caso el detonante era el descuento a aplicar por la venta de libros con que se le reintegraría a Blume su aportación de capital: «... he llegado a la conclusión de que no es posible solucionar el problema de RI con la normal petición del 50%: porque a ti esto no te interesa por más que suponga la solución de tu situación personal, permitiese a RI suspender sus constantes llamadas SOS y producir más. Más exactamente: estas soluciones sí te interesan, pero no a cambio de sacrificar o limitar tu plena libertad de acción, que es absoluta. (...) Comprenderás que en tal situación no tenga argumentos para embarcar a nadie que juegue fuerte. Ésta es la conclusión a que me lleva tu resistencia a admitir una participación que implique un control de gestión y un rendir cuentas del modo de llevar la empresa. Has pasado años sin rendir cuentas a nadie de cómo y cuándo se hacían las cosas, comprendo que sea duro tener que cambiar por más que "de sabios..." (...) Tus manifestaciones fueron tan tajantes, a veces tan despectivas (...) Me veo pues lamentablemente junto al grupo de los que para no perder la amistad contigo optan por no ayudar a RI. Lisa y llanamente puedo decirte que si a RI le van de mal en peor las cosas y llega un día a desaparecer no será por culpa de la izquierda española, como un día oí gritar en la calle Sommerard, sino porque un tal Pepe no quiso escuchar, ni comprender, ni compartir».[40]

Pese a los anteriores argumentos de Siegfried Blume, que parecen bastante razonables, la realidad era un tanto más matizable. Blume, hombre también enérgico y a veces, como Martínez, colérico, en una reunión celebrada el 30 de septiembre en París con el director de Ruedo ibérico le había propuesto a éste la compra de la editorial. Blume estaba respaldado por un capitalista, que siempre permaneció en la sombra, y su propuesta reunía unos requisitos tan poco favorables para los socios fundadores, e incluso tan ambiguos para su mismo director, que José Martínez, indignado, pensó un tanto desenfocadamente que Blume intentaba aprovecharse de la crisis para comprar a precio de saldo Ruedo ibérico. El mismo Ramón Viladás, que estaba también en París pero no asistió a las conversaciones, aconsejó a su socio José Martínez que no aceptara la propuesta. El acuerdo, desde luego, nunca se produjo, pero al menos Siegfried Blume y José Martínez consiguieron salvar su amistad y siguieron colaborando juntos.

La compra de Ruedo ibérico no se había efectuado, pero la editorial seguía agonizando, y José Martínez y José Manuel Simoes pagaban el peaje de una salud rota y unos nervios destrozados. Lo que ambos debían soportar, por ejemplo el día 15 de octubre de 1969, era suficiente para acabar con la paciencia de un santo. «Hoy estaba anunciada la pública subasta de nuestros muebles y máquinas, subasta que logramos evitar ayer. No sé lo que durará esto, es decir la capacidad de maniobra que me darán los clientes con sus pagos en los próximos días, pero no me hago ilusión alguna. (...) Vi ayer a Pedro Altares que me dijo en concreto y con estas palabras varias veces: "Ruedo es la última editorial española independiente. No la vendas Pepe, sácala adelante." (...) Estoy deteniendo al fisco con cartas y a mi casera con sonrisas. Los números que me veo obligado a hacer me deprimen todavía más y las cartas sin abrir que tengo encima de la mesa más todavía. Pero, ánimo y adelante. Lo que haces no lo puedes hacer, te cuesta caro, aniquila lo que de vida te queda, te priva de lo importante que quieres, no le importa a nadie, ni para nada sirve, pero adelante.»[41]

En España, mientras tanto, el día 30 de octubre juraban sus cargos los nuevos ministros del gobierno designado el día anterior por el general Franco, con lo cual desaparecían los últimos falangistas importantes de la cúpula del poder y se consolidaba la hegemonía de los tecnócratas, de los expertos de la Administración estatal y jefes de grandes empresas, de los representantes del nuevo capitalismo financiero e industrial español, muchos de los cuales pertenecían al Opus Dei. Para Ruedo ibérico, lo decisivo del cambio gubernamental residía en que su eficaz archienemigo Manuel Fraga Iribarne había sido defenestrado de la cartera del Ministerio de Información y Turismo, y sustituido por Adolfo Sánchez Bella, un antiguo director del Instituto de Cultura Hispánica que había sido embajador, durante trece años, en países como Santo Domingo, Colombia e Italia. Sánchez Bella representaba un endurecimiento censor tras la etapa liberalizadora de Fraga Iribarne, pero para Ruedo ibérico al principio fue más bien un auténtico bálsamo. Sánchez Bella tardó en ponerse al día en los asuntos del ministerio, así que al inicio de su mandato la aduana española se convirtió en un curioso coladero por donde Rufino Torres pasaría miles de libros sin casi ningún riesgo, confiriendo al arriesgado contrabando clandestino de libros prohibidos el aspecto de una vulgar rutina comercial.

Quince días después, a mediados de noviembre, el director de Ruedo ibérico se hundía físicamente. Su organismo ya no resistía

más, y esta vez se quebró, como otras veces, por los riñones, quizás de tanto acarrear paquetes de libros, y desde luego por el abuso desmedido de bebidas alcohólicas. Su médico, tras recetarle las inyecciones y píldoras preceptivas, le ordenó reposo absoluto, y aunque José Martínez le aseguró que lo cumpliría, sabía muy bien que era un «descanso que no puedo observar». Pero al menos el sacrificio no era en balde, porque aunque se jugaba su salud, lo peor para la editorial ya había pasado y comenzaban a estabilizarse pagos e ingresos, a costa, eso sí, de aplazar los primeros con lo que se preveía de los segundos, y de no pagar ningún salario.

Una importante operación vio la luz por esos días. El director de Ruedo ibérico firmó contrato el 18 de noviembre con su amigo Carlos Semprún Maura. Según dicho documento, Carlos Semprún asumía la dirección literaria de una nueva colección denominada El Viejo Topo, por lo cual ingresaba en la cuenta corriente de la editorial la jugosa cantidad de 40.000 francos, lo que le daba opción a convertirse en futuro socio. En compensación, Carlos Semprún se quedaría con el 10% del precio de cada ejemplar vendido, ingresos que por supuesto se retraerían del editor. También se acordó que la mitad de las rentas obtenidas de la colección de su hermano Jorge, Biblioteca de Cultura Socialista, se reinvertirían en la edición de nuevos títulos de *su* colección. Es obvio que tal contrato favorecía más a Carlos Semprún que a la editorial, pero tampoco era mal negocio para Ruedo, que rozaba por entonces la quiebra técnica. En cuanto a los títulos propiamente dichos, serían «textos políticos, económicos, sociológicos, históricos y literarios considerados heréticos o portadores de un punto de vista crítico anticonformista de la sociedad y de la cultura». En la práctica el ácrata marxista José Martínez y el marxista anarcoide Carlos Semprún tenían claro qué querían publicar juntos: textos de marxistas heterodoxos y cultos ensayos sobre el erotismo y la sexualidad. Esta última temática ya hacía años que José Martínez había querido desarrollarla. Para el director de Ruedo ibérico, que era un hombre muy activo sexualmente (aunque no solía comentar sus frecuentes aventuras amorosas, recubriéndolas con un suave manto de discreción), tales volúmenes rememoraban los textos libertarios sobre sexo y amor libre de su juventud cenetista valenciana, que tan abundantes habían sido durante la República y la guerra civil, y que tan prohibidos estaban por el mojigato e integrista régimen del general Francisco Franco. Los títulos que se comprometieron a publicar José Martínez y Carlos Semprún en este apartado tenían un evidente sabor parisiense, muy de la Rive Gauche: *La filosofía en el boudoir*, del Marqués de Sade, *La revolución sexual* de Wilhelm Reich, o *El nuevo mundo amoroso*, de Charles Fourier.

Pese a que el director de Ruedo ibérico había intentado no editar ningún libro en los últimos meses para no tener que pagar a los impresores, que ya estaban hartos de que se les dieran largas, algunos de éstos, esgrimiendo la amenaza de la demanda judicial, conseguían acorralarlo de tal manera que, contra su voluntad, el volumen salía a la venta. Es lo que había sucedido en noviembre con el libro de bolsillo del historiador David Wingate Pike *Vae Victis! Los republicanos españoles en Francia durante la segunda guerra mundial (1939-1944)*, que desde luego incidía en la misma temática que *Los olvidados: Los exiliados españoles en la segunda guerra mundial*, del historiador Antonio Vilanova, publicado unos meses antes.

De todos modos, José Martínez había ideado otro procedimiento para obtener dinero fresco. Se trataba de reeditar cinco de los libros de Ruedo ibérico de mejor venta, ya agotados. Pero como no disponía de la necesaria liquidez para encargar en imprenta dichas reediciones, el 15 de diciembre le propuso a Rufino Torres, su gran distribuidor español, el responsable en esos momentos de que el fondo editorial de Ruedo ibérico se encontrase en muchísimas trastiendas de librerías progresistas en España, que le adelantase los 18.500 francos que costaba la operación. El 24 de diciembre, tras hacer sus cálculos, Rufino Torres le felicitó las Navidades aceptando todos los términos del negocio.

El viento de la fortuna, bien que racheado y no muy fuerte, por una vez soplaba a favor de Éditions Ruedo ibérico. Los acuerdos con Carlos Semprún y Rufino Torres, y la inestimable ayuda de Alfonso Colodrón, que de nuevo estaba de becario en París, insuflaban nueva vida a la pequeña editorial. Pero lo que de verdad iba a convertir el siguiente año en el año del resurgir de la más importante editorial antifranquista del exilio, había acontecido una semana antes, casi de repente, pese a que fuera fruto de los pacientes desvelos, las minuciosas conversaciones, y las estentóreas y persistentes llamadas de auxilio de José Martínez. El viernes 18 de diciembre de 1969 el notario Antonio García-Trevijano se citó en París con el director de Ruedo ibérico. El primero, tras saludarle amigablemente, le comentó que llevaba un buen fajo de billetes en la cartera listos para invertirlos en su editorial. José Martínez, tras rehacerse de la sorpresa inicial, escrituró apresuradamente un precontrato a mano que fue aprobado provisio-

nalmente por ambos, y nada más terminar García-Trevijano dejó el dinero en metálico sobre la mesa y se fue. Al día siguiente, sábado 19, José Martínez, todavía desorientado por la celeridad del asunto, firmaba uno de los mejores contratos de asociación de la historia de la editorial: «El sábado firmé un precontrato. (...) La cosa fue muy precipitada. Viernes se personó uno de ellos, redactamos un borrador muy rápidamente y me dio un montón de pesetas. El sábado lo pasé a máquina, vi que le faltaban cosas esenciales e hice las correcciones que propuse; no fueron todas aceptadas, pero en lo esencial sí. De todas maneras no me gusta que se proceda de esta manera y no tengo la seguridad en mí mismo que me permitiría tomar decisiones graves y que comprometen el futuro de esta manera.»[42] Lo que empujaba al conservador Antonio García-Trevijano a invertir sumas importantes en Ruedo ibérico no tenía nada que ver, obviamente, con la filantropía. Desde 1968 el gobierno franquista había estado acosando con sanciones administrativas y suspensiones el diario monárquico *Madrid*, del que él era abogado y apoderado, y cuyo presidente del consejo de administración, Rafael Calvo Serer, amigo suyo, se había visto obligado a exiliarse en París. Podemos, por tanto, suponer que el detonante de la inversión en Ruedo ibérico, al menos por parte de García-Trevijano, estaba relacionado con los intentos subterráneos de lucha contra la dictadura a partir del fortalecimiento de las plataformas de la oposición política, entre las que la editorial parisiense ocupaba un lugar destacado.

Por supuesto, toda la operación se llevó a cabo en el mayor de los secretos y José Martínez únicamente comentó la verdadera personalidad de los donantes a Marianne Brüll y a Alfonso Colodrón. Según dicho documento, firmado por José Martínez Guerricabeitia y por el denominado «grupo asociado» formado por Antonio García-Trevijano Forte, José Vidal Beneyto y Carlos Ibarra, estos últimos aportaban 500.000 pesetas en metálico (ya entregadas), 1.000.000 más pagadero entre el 1 de febrero y el 1 de mayo de 1970, a razón de 250.000 pesetas mensuales, y lo que era igual de importante, subarrendaban a Éditions Ruedo ibérico un local, que escogería posteriormente el director de la editorial, del cual ellos adquirían el *bail* (arriendo) hasta un límite de 750.000 pesetas. Frente a dicha inversión de capital, Ruedo ibérico aportaba sus cuentas de edición y su tesorería, y cedía al grupo asociado el 50% de los derechos de edición de los libros que se publicaran en el futuro. No había ninguna duda de que si el acuerdo firmado era cumplido en todos sus extremos, Ruedo ibérico podría convertirse en esa editorial rentable y sin problemas de tesorería con que José Martínez siempre había soñado, y además, lo que era muy importante, sin hipotecar su independencia política ni su línea editorial. Quizás por dicho motivo, y por las amargas experiencias del pasado, el director de Ruedo ibérico no terminaba de creerse del todo que la suculenta inyección monetaria que tanta falta le hacía se hiciese por fin realidad. Pero sí, la primera parte del dinero, y en metálico, ya estaba en la mesa de su despacho, así que las Navidades de 1969 podría disfrutarlas con cierta, e inédita, tranquilidad. La editorial Ruedo ibérico, tras un catastrófico año en que se había asomado varias veces al precipicio, estaba salvada.

De todos modos, José Martínez no consiguió comenzar el año con muy buen pie. El día 2 de enero le salía un flemón en la garganta que lo mantuvo en cama diez días, con 40º de fiebre, sin casi poder hablar, comer o beber, inmovilizado y atiborrado de antibióticos. Hasta el 12 no pudo reemprender el trabajo, y tras levantarse de la cama no tuvo otra ocurrencia que escribirle a Siegfried Blume, que era tan cabezota y sentimental como él, y con el que cada vez estaba más resentido, una inflexible carta de negocios por el asunto de la devolución del capital invertido. Blume no pudo sufrirlo, pues también padecía graves problemas financieros, y se lamentó como el viejo amigo que era. «No quiero discutir, Pepe, porque no vale la pena complicar las cosas. Sigo diciendo que no estoy de acuerdo en absoluto, pero también te añado que hagas lo que mejor te parezca. Parece mentira que digas que mi cuenta, y ahora ya no pienso sólo en la cuenta, debe ser tratada como cualquier otra. Hay memorias flacas, querido José. Lo que yo he hecho por RI dentro y fuera y que perdurará por mucho tiempo, parece ya estar olvidado. Si otros, incluso algunos a los que tienes que devolver dinero con jueces y alguaciles por medio, hubieran hecho una décima parte de lo que he empujado yo, otro gallo quizá cantara a la editorial.»[43] Para empeorar las cosas, José Martínez ni siquiera podía cumplir con lo prometido, es decir, enviarle los libros de Ruedo ibérico con los que cancelar su cuenta, por problemas logísticos. No tenía ningún empleado, el almacén de libros estaba a una hora de transporte público de su casa y a dos de las oficinas (él no tenía automóvil), y encima el médico le había advertido que no debía hacer esfuerzos físicos. Pero si quería cumplir con Blume, debía mandarle, en cada envío concertado, 15 cajas de libros de 30 kilos de peso cada una, y como el envío constreñía los ingresos de la editorial, no es extraño que este tema agriara su ya pésimo humor.

En cuanto el director, pero también contable, administrativo, transportista, paquetero y, en definitiva, único empleado de Ruedo ibérico, se hubo recuperado de sus enfermedades y se sintió con fuerzas, dedicó parte de su tiempo a callejear por el Barrio Latino a la búsqueda de un local comercial que sustituyera al antiguo de la rue Aubriot, porque los locales dispersos de Maspero en Montrouge y en Colombes nunca habían sido más que una pésima solución transitoria. Como esta vez iba provisto del dinero de García-Trevijano y él tenía prisa por levantar de nuevo la administración de la editorial, la espera fue corta y una semana después, el día 18 de enero de 1970, le comunicaba a su amigo Pepín Vidal que había hallado lo que estaba buscando. «Se trata de un local con diez metros de fachada, 70 m^2 de superficie en planta baja y 70 m^2 de superficie en sótano seco. Lo de superficie me parece suficiente ampliamente pues asegura despachos, sala de ventas, depósito y envíos. Hay bastantes trabajos que hacer, muchos de ellos podré hacerlos con amigos. (...) El local se halla en pleno corazón del Barrio Latino, a 50 metros del Collège de France, a cien de la Sorbona, a 200 de la Mutualité, a 300/400 del cruce de los bulevares Saint-Michel/Saint-Germain, es decir a la misma distancia de las Librerías Maspero. Y por esas distancias se puede deducir que se encuentra a muy pocos metros de mi domicilio particular.»[44] El 27 de enero José Martínez firmó la *promesse de bail*, o preacuerdo de arrendamiento, para lo cual hubo de desembolsar la suma de 45.000 francos (unas 550.000 pesetas). Era el primer paso para la reforma y acondicionamiento del local, situado en el número 6 de la rue de Latran, en pleno centro del Barrio Latino y a dos minutos andando de su domicilio en la rue du Sommerard. Esta vez la idea no era instalar únicamente las oficinas de la editorial, sino abrir también en la nueva sede una librería, para así vender directamente los libros publicados, y disponer de mayor margen comercial y de ingresos directos. El local de la rue de Latran estaba destinado, por ello, a convertirse en la más famosa y permanente de todas las sedes de Éditions Ruedo ibérico.

Como de costumbre, el director de Ruedo ibérico iba demasiado deprisa en sus apresuradas gestiones. Era lógico que actuara así, pues estaba ansioso por dar bases estables a la empresa, y para eso era indispensable poner en funcionamiento una administración racionalizada y centralizada en la rue de Latran. Por desgracia José Martínez no había tenido la paciencia de esperar a recibir los aportes monetarios prometidos, y como le hacía falta el dinero, comenzó a ponerse

un poco cargante con Antonio García-Trevijano. El compromiso con el grupo asociado establecía que Ruedo ibérico, por su parte, también haría aportaciones monetarias nuevas para engrandecer la editorial, para lo cual José Martínez se vio obligado a finales de mes, el 23 de febrero, a recurrir a Alfonso Colodrón, el cual prestó a Ruedo ibérico 225.000 pesetas para salir del mal paso, pero esta vez con la condición de que la cantidad fuera devuelta, con intereses y en tres pagos escalonados, a finales de año. Dos días después, el 25 de febrero, llegó de España una transferencia bancaria de 45.000 francos de Antonio García-Trevijano, y a partir de entonces Ruedo ibérico sí pudo hacer frente a sus imperiosas necesidades económicas.

Otro problema interno que acusaba José Martínez era el de sus relaciones con Elena Romo, a quien no había informado de sus contactos con el grupo asociado de Madrid. Habían roto ya hacía más de un año sus relaciones sentimentales, pero continuaban siendo socios leales en la empresa. Sin embargo, la inminente remodelación administrativa de la editorial que preparaba el director de Ruedo ibérico estaba siendo realizada enteramente a espaldas de Elena, sin pedirle su opinión ni menos aún su consentimiento. La razón era obvia: «... la reorganización de la administración cuyo peso recaerá sobre Marianne (Brüll) y otra persona que sale de la órbita de Elena también (aunque ella tiene como siempre candidatos). La responsabilidad de tal reorganización será asumida por Alfonso cuya posición es cada vez más fuerte, pues oficialmente es él quien ha negociado lo del local en todos sus aspectos, ya que mis acuerdos con Madrid son todavía secretos en ciertas latitudes».[45] En efecto, a partir de abril de 1970 José Martínez contratará a quien ya era su compañera desde hacía años, Marianne Brüll, como responsable administrativa de la editorial, y Alfonso Colodrón pasará a ser una especie de socio plenipotenciario encargado de misiones delicadas (como por ejemplo la de negociar el calendario de devoluciones de dinero a Ignacio Fernández de Castro y su mujer), aunque todavía no residía permanentemente en París. José Manuel Simoes, por supuesto, continuaría como siempre trabajando con dedicación parcial como hombre de confianza. Por lo demás, el director de Ruedo ibérico, por sus compromisos con Colodrón, y con el grupo asociado de Madrid, había decidido, como en el pasado, convertir la SARL en sociedad anónima para darles voz y voto en un futuro consejo de administración de la empresa, y para ello realizó consultas con Ramón Viladás. Pero este último proyecto tampoco esta vez llegará a realizarse.

A mediados de marzo de 1970 Ruedo ibérico publicó un nuevo libro, pero éste, a diferencia de los últimos, no era producto de las presiones de los impresores, que exigían finalizar textos y cobrar facturas. Se trataba de *La crisis del movimiento comunista 1: De la Komintern al Kominform*, escrito por Fernando Claudín y prologado por Jorge Semprún. El director de Ruedo ibérico se había entusiasmado desde el primer momento con dicho proyecto editorial, y siempre estuvo dispuesto a arrostrar cualquier sacrificio para que saliera adelante. En realidad *La crisis del movimiento comunista* estaba concebida como una obra en dos volúmenes (en el último de los cuales figurarían los índices de nombres y analítico de temas), pero el segundo tomo, *Del XX Congreso a la invasión de Checoslovaquia*, nunca fue más allá del mero bosquejo, pues Claudín nunca consiguió «resolver dos problemas clave, la teorización satisfactoria de la naturaleza y funciones del sistema soviético (...) y la determinación de los puntos nodales del análisis del movimiento comunista fuera de los estados socialistas.»[46] De cualquier modo, el primer volumen de *La crisis del movimiento comunista* es todavía hoy un texto importante, de gran ambición intelectual y evidente alcance internacional. Redactado por un antiguo funcionario de la revolución, en aguda y autocrítica expresión de Jorge Semprún, *De la Komintern al Kominform* es una demoledora historia política de los partidos comunistas entre 1919 y 1956, de sus equivocadas tácticas y estrategias para conseguir la revolución mundial, y de la posterior degeneración estalinista de su burocrático modelo organizativo. Pero esta lúcida crítica apela en todo momento al verdadero marxismo, se fundamenta en el auténtico legado leninista, reivindica la auténtica revolución. De ahí que le gustara tanto el libro a José Martínez, y que ambos, autor y editor, destacaran en la solapa del libro su desiderátum político. «Una de las facetas más inquietantes de la crisis global de la sociedad contemporánea es la crisis del movimiento comunista. La ruptura revolucionaria del orden actual es la única salida al equilibrio del terror termonuclear en que está sumida la humanidad. Pero el parto no es posible sin la construcción de un nuevo movimiento revolucionario mundial a la altura de las complejas tareas que ha de resolver. La nueva vanguardia está naciendo, y su formación exige el balance crítico de los ensayos anteriores. Un capítulo esencial de ese balance lo constituye el problema que aborda este libro.»

El director de Ruedo ibérico también estaba preparando desde marzo nuevos números de *Cuadernos de Ruedo ibérico*. Volver a publicar la revista era, evidentemente, el mejor símbolo del resurgimiento

de la editorial. Pero a falta de comité de redacción, José Martínez preparaba el próximo número casi exclusivamente con su querido amigo Luciano Rincón, el cual por su parte reflexionaba en abril, con ese toque de humor sardónico que lo caracterizaba, sobre los motivos para revivir la ya casi fenecida revista. «Creo que si el número es bueno vendrá bien por dos razones: una es la de reanimar un poco este "lago dormido" de la oposición, dicho poéticamente, o "charco estancado" si somos más realistas. La otra razón es que reavivaría el nombre de Ruedo ibérico, que buena falta le hace –muerto según unos, comprado por la Obra según otros, en poder de la CIA a través de Southworth me ha dicho alguien de Madrid–, etc., etc.»[47] El director de Ruedo ibérico incluso se entretenía esbozando una nueva serie, por lo cual se puso en contacto con Fernández de Castro y con Julio Cerón, para que redactaran textos sobre la postrera crisis y desaparición, el año anterior, del Frente de Liberación Popular, que ambos habían liderado una década antes. También escribió a Ignacio Quintana, que ahora vivía en Madrid, pero éste se mostraba todavía tan aturdido por la crisis interna que había desintegrado el Felipe y dispersado a sus miembros, y por sus propios problemas laborales y personales, que no tenía ánimos para nada.

El 17 de marzo el médico de José Martínez, ya harto de tan díscolo enfermo, le dio un ultimátum. O se tomaba al menos un mes de reposo absoluto, o ya podía ir buscándose otro galeno más contemporizador. Y en efecto, en abril y mayo el director de Ruedo ibérico se retiró ligeramente de la escena, confortado por la metódica marcha de las obras en la rue de Latran, y por Marianne y Simoes, que asumieron, con la ayuda esporádica de Alfonso Colodrón, la administración de la empresa en Montrouge. Mientras, el director de Ruedo ibérico hacía reposo absoluto y se abstenía de alcoholes y cigarrillos, que tan a gusto saboreaba. Hasta mediados de mayo no le daría su médico el alta laboral para reincorporarse a la empresa. Pero el mes de marzo y buena parte de abril José Martínez los consumió, pese a estar de baja por orden médica, supervisando la reforma de la nueva sede de Ruedo ibérico en la rue de Latran, escogiendo la decoración y resolviendo los problemas administrativos que generaba.

En abril, apenas un mes después de hacerse cargo de la administración de Ruedo ibérico, tanto Alfonso Colodrón como Marianne Brüll comenzaban a darse cuenta, a su pesar, de la terrible tensión que originaba el trabajo cotidiano en la editorial. El primero había tenido que enfrentarse con Ignacio Fernández de Castro, porque este último

reclamaba urgentemente los pagos que el mismo Colodrón le había prometido, y que los perennes problemas de tesorería no le habían permitido cumplir en los plazos previamente señalados. En cuanto a Marianne, el 10 de abril había tenido que prestar a Ruedo ibérico 3.000 francos para hacer frente a los gastos más perentorios, y a finales de mes ya estaba discutiendo a cara de perro con Siegfried Blume, y en alemán, por el tema de la devolución de capital. Al menos a finales de mes llegaron a París unos amigos de Alberto González Troyano con un cheque para Ruedo ibérico. González Troyano, que había sido el primer secretario de redacción de *Cuadernos de Ruedo ibérico*, por entonces trabajaba en una librería de Barcelona, y en años anteriores ya había iniciado muchísimas gestiones, con poco éxito, para financiar la editorial. Y dichos aportes monetarios, aunque menudos, no venían nada mal, ya que por desgracia el acuerdo de financiación firmado en diciembre con Antonio García-Trevijano se cumplía mal y a deshoras, como lo prueba el hecho de que a principios de mayo sólo se había recibido la cantidad prevista para el arrendamiento del local. «El mes de abril ha sido durísimo para la empresa. No haber recibido las sumas previstas para primeros de febrero, de marzo, de abril y ahora de mayo, unido a los gastos suplementarios ocasionados por la puesta en marcha de la administración, por las primeras incidencias del nuevo despegue, a lo que se ha unido en las últimas semanas los gastos ocasionados por los trabajos de Latrán, han llevado la empresa a una situación mucho más difícil que la que atravesaba a fines de 1969. Pasó abril con mucha angustia y empiezo mayo con las mayores aprensiones.»[48] No era para menos la queja del director de Ruedo ibérico (que, recordemos, estaba de baja laboral), pues a principios de mayo el plan de expansión que se había puesto en marcha acusaba terriblemente el déficit de 750.000 pesetas que según el contrato de asociación debían haberse ingresado en la cuenta corriente de la editorial. Antonio García-Trevijano fue, sin embargo, sensible a sus quejas y durante el mes de mayo ingresaría en la cuenta corriente de Ruedo ibérico otros 24.000 francos. A finales de junio, las aportaciones financieras totales del grupo de asociados madrileños durante el último año alcanzaría ya, entre las sumas destinadas al local y las cuentas de capital, a 117.000 francos, es decir, alrededor de 1.300.000 pesetas. No era lo previsto, desde luego, pero también es cierto que la cantidad era considerable, y que sobre ella se había asentado la salvación de la editorial y su consiguiente despegue económico.

Los primeros días de mayo de 1970 fueron caóticos para la editorial. José Martínez, una vez cumplida la penitencia facultativa de mes y medio de reposo absoluto (que como hemos comprobado había respetado a medias), retomaba la dirección de la editorial, pero la dispersión de locales y el hecho de que casi estuviesen finalizadas las obras de la rue de Latran la habían sumido en un completo caos. «Nado en desorden de todo tipo. La gente trabaja en mi casa y yo en el café. La máquina la empleo cuando ya nadie se sirve de ella ni de mi mesa. Un desastre.»

A pesar del desbarajuste administrativo Ruedo ibérico no se paralizaba, al menos de puertas afuera. Ese mismo mes de mayo se editó el primer volumen de la colección El Viejo Topo, dirigida por Carlos Semprún. Se trataba de *Capitalismo moderno y revolución*, de un tal Paul Cardan, seudónimo bajo el cual se ocultaba el sociólogo y economista Cornelius Castoriadis, uno de los principales animadores en París de la revista *Socialisme ou Barbarie*. El pequeño volumen *Capitalismo moderno y revolución* era una recopilación de artículos publicados por Castoriadis, entre 1960 y 1961, en dicha revista, en los que se vertían tesis socioeconómicas que caían como bombas entre los comunistas, y a decir verdad, entre casi toda la izquierda. La principal de estas tesis exponía el axioma de la extensión del fenómeno burocrático a escala universal, de manera que a los países comunistas se les motejaba de capitalismo burocrático moderno, similar en su esencia al capitalismo privado tradicional de Occidente, y como terrible corolario: «... la situación de la clase obrera no es fundamentalmente diferente en los dos sistemas, capitalista "privado" y burocrático».[49]

A finales del mes de mayo, Alfonso Colodrón, ya finalizada su beca en París, volvió a Madrid. Pocos días después, a partir del 1 de junio, Éditions Ruedo ibérico comenzaba a enviar cartas a sus clientes, proveedores, amigos y autores anunciándoles el traslado al nuevo domicilio social de la empresa en el número 6 de la rue de Latran. Por fin, el 18 de junio, se inauguraba oficialmente la nueva sede y con ello empezaba la más deslumbrante y exitosa etapa de la editorial. En toda la larga historia de Ruedo ibérico será la única vez que su director se permita afirmar en un rapto de inusual optimismo, eso sí, bastante comedido, palabras como las siguientes: «... creo que hemos entrado en una fase nueva. Fase que será difícil todavía, pero que representa un cambio muy positivo respecto al pasado».[50]

bre el tema, *incluso* una novela picaresco-política. No vendría mal un palo de éstos a la Santa Mafia.»

Ese mismo mes de agosto Elena Romo y su hija María José partieron de vacaciones a España, a la costa malagueña. José Martínez aprovechó la lejanía para enviarle una prolija y cálida carta para, supuestamente, como segundo socio en importancia de Ruedo ibérico, mantenerla informada de la situación real de la empresa. En realidad, tras ofrecer positivos datos de operaciones comerciales, balances, ventas y pagos, y elogiar grandemente la capacidad de gestión de Alfonso Colodrón (sin mencionar, por supuesto, a Marianne Brüll, su otro imprescindible apoyo, excepto de modo muy indirecto), el director de Ruedo ibérico escamoteaba a su socio, y madre de su hija, el hecho esencial de que el monárquico conservador Antonio García-Trevijano estaba detrás del resurgimiento de la editorial. Pero la carta tenía por motivo, además de espantar la soledad que siempre, en agosto, agobiaba a su autor, advertir a Elena Romo de que era preciso buscarle un reemplazo para el cargo de director. Dicha petición, que para Elena era un sonsonete un tanto reiterativo, provenía, probablemente, de la angustia que le producía al director de Ruedo ibérico que Colodrón retornara a España. «Hasta fin de año (si resisto) seguiré haciendo lo que pueda, sea más o menos de lo que ahora hago. Pero dentro de la óptica de que si no logro dejar la dirección en manos voluntariosas y aptas, o no logro hacer compartir realmente las responsabilidades reales de la empresa (...) yo tampoco la asumiré más tiempo. (...) Se trata simplemente de la repetición, una vez más, de dos series de hechos que son incompatibles: que estoy cansado, lo cual excluye que continúe dirigiendo o dirigiendo solo; que es necesario reemplazarme en la dirección totalmente o al menos parcialmente. Éste es el problema global de la empresa.»[3]

El 5 de septiembre el director de Ruedo ibérico se marchó de vacaciones al pueblo de Ordino, en Andorra, con su hija María José, hasta el día 19, que regresó a París. En Andorra no sólo tomó el sol y descansó. También se entrevistó con Rufino Torres para repasar los negocios editoriales, y con Ramón Viladás, con quien convivía en el hotel, para tratar de encontrar una solución a su conflicto con Siegfried Blume. Andorra era, junto con el País Vasco francés, una de las principales vías de penetración de los libros de Ruedo ibérico en España. Al fin y al cabo, como el pequeño país pirenaico estaba permanentemente lleno de turistas españoles, tanto en invierno como en verano, y como en él circulaban libremente los libros de Ruedo ibérico, para la editorial parisiense, en el plano comercial, Andorra era como una especie de gran capital española donde, de un modo caprichoso, se hubiese abolido la censura.

Ya de vuelta en París, la situación económica de Ruedo ibérico en octubre, pese a los inevitables problemas de tesorería de fin de mes, podía considerarse por fin estabilizada gracias a las entradas directas de dinero por la caja de la librería y a las magníficas ventas de *La prodigiosa aventura del Opus Dei.* Pero no a todos los amigos de la editorial les iba igual de bien. El día 20 de octubre Rufino Torres escribía a su amigo José Martínez para comunicarle la mala nueva: Siegfried Blume había declarado su empresa editorial en suspensión de pagos, con un déficit declarado, entre créditos y deudas, de unos noventa millones de pesetas. Entre los acreedores estaba por supuesto Distribuidora Torres, lo cual, sin arrastrarla también a la quiebra, la dejaría en una delicada situación financiera. El director de Ruedo ibérico, que no sospechaba nada de las penosas dificultades económicas de su amigo, se sintió muy afectado por lo ocurrido. A principios de septiembre Blume le había escrito colérico porque, tras viajar a París en agosto y comprobar por sí mismo la bonanza de Ruedo ibérico, y esperar luego un mes a que le sirvieran de una vez los libros que le debía la editorial parisiense, éstos seguían sin llegar, y claro, pese a los razonables argumentos que le dio José Martínez, estaba enojado con ellos. Y ahora el director de Ruedo ibérico se sentía en parte culpable del cataclismo económico que había hundido a Blume, su compañero editor de luchas antifranquistas. «... la verdad es que me cayó una losa cuando lo supe. No se merecía eso Siegfried y espero que algo se salve de la catástrofe. (...) Tengo mala conciencia, de verdad, aunque sé que lo mío no era capaz de solucionar la cosa.»[4]

El libro *La prodigiosa aventura del Opus Dei,* a la altura de octubre, ya había alcanzado una enorme repercusión pública en España, pero como estaba repleto de errores, sobre todo en la larga lista de miembros de la Obra, las protestas por falsas adjudicaciones, algunas muy exaltadas, e incluso las amenazas de querella no tardaron en llegar. Enrique Moreno Báez, catedrático de Literatura española de la Universidad de Santiago, protestó indignado y aseguraba que iría a los tribunales franceses, con su abogado y amigo José María Gil Robles, si no se corregía ese horrible error. Antonio Eiras, catedrático de Historia moderna de la misma universidad, al verse incluido en el anexo como socio militante, replicó que era una «afirmación absolutamente gratuita e intolerable, y la considero como una pública difa-

mación (...) para obtener una reparación en consonancia con los perjuicios morales que me ocasiona». También llegaron mentís más mesurados de los catedráticos Vicente Palacio Atard, de Antonio Hernández-Gil, del abogado y político José María Gil Robles, de los catedráticos José Cepeda, de la Universidad de Granada, o Mariano Baquera, de la Universidad de Murcia, del historiador José María Jover Zamora e incluso de los directivos de la empresa de construcciones JOTSA. Durante los meses de octubre y noviembre se llegaron a recibir en la rue de Latran un par de cartas diarias de protesta, siempre pidiendo una rectificación pública. Lo gracioso del asunto es que los falsos implicados (algunos de los cuales tenían cargos de importancia, aunque en su mayor parte de perfil neutro, en la España franquista), replicaban absolutamente indignados en cuanto leían en el libro de Jesús Ynfante que eran miembros del Opus Dei, como si el integrista instituto secular católico fuera, en verdad, una tenebrosa organización mafiosa y fuera insultante pertenecer a ella. José Martínez se divirtió mucho con esta historia.

Aunque para Ruedo ibérico, durante el otoño de 1970, los abundantes ingresos por el libro de Jesús Ynfante ofrecían la posibilidad de «sanear la empresa, equilibrar pagas y cobros, ventas e inversiones, gastos generales y desarrollo», la tesorería continuaba dando problemas, y el mismo mes de octubre se tuvo que cubrir un déficit con una aportación extra entre los tres miembros de la editorial más comprometidos con ella en ese momento, es decir, José Martínez, Marianne Brüll y Alfonso Colodrón. Poco después, en noviembre, el director de Ruedo ibérico tenía la primera disputa seria con el grupo de socios de Madrid. Al parecer Antonio García-Trevijano quería que la editorial se transformara de una vez en sociedad anónima para, tal y como estaba previsto y se le había prometido, entrar como socio en la empresa. Pero José Martínez, que ya no tenía ninguna prisa por ir al notario, le daba largas. «Las hostilidades han comenzado. Ayer llegamos al borde de la ruptura. Tuve que pasearme con él hasta las tantas de la madrugada para no romper los puentes definitivamente, después de una sesión en la que se tiraron los trastos a la cabeza AGT [Antonio García-Trevijano] por un lado y JVB y CI [José Vidal Beneyto, Carlos Ibarra] por otro, primero, y después AGT y un servidor de ustedes. Esto se está poniendo muy mal. Y no veo muy bien cómo salir del paso. Ahora la empresa no es sólo algo bonito, algo interesante políticamente, también es algo interesante como negocio y así lo ven, y así entienden actuar.»[5] Sin embargo, a mediados de noviembre, el incombustible José

Martínez había doblegado a los socios madrileños maniobrando cínicamente, quedándose con el dinero invertido y manteniendo a salvo su independencia y la de su empresa, a costa por supuesto de duras discusiones y alguna noche de insomnio. «Finalmente alejé el peligro madrileño. Creo que andan ya divididos los tres. La última sesión conjunta fue de lo más penoso. La última –sólo con dos de ellos– me hizo creer que se podría dar largas al asunto con una ausencia mía. Ellos quieren legalizar el asunto lo más pronto posible y en provecho propio. Lo cual me parece natural, y por lo tanto también me parece natural resistir a ello. Después me llegan rumores de Madrid que parecen indicar que el T [Antonio García-Trevijano] dice a diestro y siniestro lo del millón. Esto es grave. Esta noche no dormí.»[6] El insomnio, por supuesto, lo producía el hecho de que si Antonio García-Trevijano demostraba en Madrid, entre los círculos de la oposición, que había invertido un millón de pesetas en Ruedo ibérico, y tenía un contrato que lo demostraba, el fantasmal rumor de que el Opus Dei había comprado la editorial parisiense por personas interpuestas sería ya irrebatible, lo cual representaría una auténtica hecatombe para su prestigio profesional y político.

Los gastos generales de la empresa habían crecido mucho desde la inauguración de los nuevos locales en junio, ante todo por la contratación de nuevos empleados. Aunque en torno a Ruedo ibérico siempre circulará bastante gente, la más importante incorporación de 1970, dejando aparte a Marianne Brüll y a José Simoes, que ya estaban ligados desde mucho tiempo atrás a la editorial, fue la del gerundense Alejo Lluansí, un inquieto catalán amigo de Antonio Pérez, y de pintores y escultores, que se había marchado con su mujer a París ahogado por el provincialismo y conservadurismo de su ciudad natal. Alejo Lluansí se había afiliado en París al PSUC, hasta que la expulsión de Fernando Claudín y Jorge Semprún le hizo abandonar la militancia activa. La mujer de Alejo Lluansí, María, trabajaba por entonces en La Joie de Lire, la librería de François Maspero, junto a Antonio Pérez, y este último fue quien sugirió su nombre al director de Ruedo ibérico. Para el comunista Alejo Lluansí José Martínez siempre fue, ante todo y en primer lugar, su patrón. «Siempre he sido muy obrero, obrero. Para mí el patrón es el patrón y el trabajador el trabajador. Sea de izquierdas o de derechas, hasta el punto que prefiero trabajar con un patrón de derechas que con uno de izquierdas. Al patrón de derechas en aquella época le podías enviar a hacer puñetas y ya está, e incluso hacerle alguna putada. Al patrón de izquierdas

principal delito, injurias al Jefe del Estado. Muy contento, Moreno Lombardero escribió a un nervioso José Martínez, que se temía lo peor, anunciándole: «Le expreso mi más profundo agradecimiento por su ayuda y colaboración, así como por la del Sr. Maspero y demás amigos, sin la cual no hubiéramos conseguido nada. Todo salió magníficamente bien.»[33]

Ligeramente reconfortado por el destino carcelario de su amigo Luciano Rincón, el director de Ruedo ibérico se dispuso pocos días después a montar, con el concurso de Rufino Torres, otra de esas delicadas operaciones secretas de exportación de libros a España con las que conseguía burlar los controles policiales de la aduana. José Martínez desde finales de 1971 había estado fabricando una bomba libresca muy especial y quería introducirla en España con absoluto sigilo, sin que nadie se enterara, para lo cual concertó con Rufino, personalmente, el envío de 30 paquetes con un millar de libros a partir del 17 de marzo de 1972, los cuales iban a ser distribuidos por toda España y salir a la luz pública de una vez, para así despistar a los sabuesos de la policía y sus organismos censores. Todo este minucioso secretismo estaba destinado a proteger la difusión de un libro que iba a convertirse en la punta de lanza de una trama política de altos vuelos, para lo cual era fundamental el apoyo y la infraestructura de Ruedo ibérico.

En el otoño de 1971, precedido por una carta de recomendación de Antonio García-Trevijano, llegó a la rue de Latran, pidiendo entrevistarse con el director de Ruedo ibérico, un ilustre e influyente miembro del Opus Dei, un catedrático de Filosofía de la Historia en la Universidad Central de Madrid de larga trayectoria conservadora, que había sido director de la revista *Arbor* y delegado del Consejo de Relaciones Culturales con Europa Occidental, un acérrimo monárquico, defensor de los derechos dinásticos de Juan de Borbón y que, por tanto, mantenía una postura de oposición moderada al régimen franquista. Nicolás Sánchez-Albornoz lo conocía personalmente: «Lo recordaba saliendo de la Facultad de Filosofía en 1946 con una carta de adhesión a Don Juan suscrita por ciertos profesores –Zaragüeta, García Gómez...– y tomándose un coche para el Pardo a denunciar los colegas que le habían pedido la firma. Luego eché un vistazo a su libro *España sin problema*, que hoy podría llevar la firma de R. de la Cierva sin que se notara el cambio. En fin, el denunciante de 1946 es el campeón de la corona en 1972.»[34] Se trataba de Rafael Calvo Serer, y desde 1968 su actitud promonárquica (aunque en favor de los derechos del conde de Barcelona) desde la presidencia del consejo de administración del periódico *Madrid* había provocado una cascada de sanciones administrativas en contra de su diario, que culminaron con el cierre del periódico y su exilio en París. En enero, tras publicar un artículo en *Le Monde* sobre el *affaire* del periódico *Madrid*, fue dictada orden de detención contra Rafael Calvo Serer por el Tribunal de Orden Público, y el fiscal llegó a pedirle siete años de cárcel. Para atacar al odiado régimen personal de Franco, Rafael Calvo Serer había escrito un libro que, por supuesto, iba a publicar Ruedo ibérico. La editorial debió afrontar duras críticas en cuanto se supo en París, en diciembre de 1971, que se encargaba de la edición del texto de Calvo Serer, ante las cuales José Martínez se defendió con el irreprochable argumento de que «publicamos cuanto de valor sea de publicación imposible dentro de las fronteras y damos asilo a todo texto de valor intrínseco, con independencia de su coloración partidista. Es decir somos una anticensura».[35] Esto es lo que el director de Ruedo ibérico decía de puertas afuera, porque si había aceptado publicar a Calvo Serer era porque pensaba, acertadamente, que estaba asistiendo a las postrimerías de la dictadura militar y para darle la puntilla había que atacarla en todos los frentes. A finales de enero, sin embargo, nuevos acontecimientos trastocaron el acuerdo. «No editaremos el libro de Calvo Serer, pues éste recibió numerosas presiones para que no lo hiciese con nosotros. Finalmente tomó miedo a las consecuencias políticas que para él tendría nuestro label en su libro. Desde Sangroniz –siempre él– hasta Don Juan de Borbón, todos dijeron que no. Juan Carlos, el pobre, fue más lejos: no quiere que se publique el libro simplemente. (...) No te preocupen las incidencias que sobre nuestra cifra de negocios pueda tener la pérdida de ese título. Eso queda arreglado. Además también tenemos que cuidar el perfil. Y la fórmula adoptada contribuirá al escándalo. Ya lo hay y lo habrá mayor. Interesante libro (FRANCO FRENTE AL REY. EL PROCESO DEL RÉGIMEN). Caerá en un momento oportuno. (...) Él recibirá más de un palo, nosotros también. Pero habremos tirado otra piedra en la charca y esta vez gorda.»[36] El convenio final entre la editorial antifranquista y el monárquico Rafael Calvo Serer especificaba, en efecto, que el nombre de la editorial no constaría en el volumen. El director de Ruedo ibérico tuvo que ceder, pero como el fabricante era él, concibió un libro idéntico, en formato y tipografía, a los de su editorial, de tal forma que al final la artimaña no confundió a nadie. Máxime cuando en París el distribuidor exclusivo del libro era Ruedo ibérico.

para que participaran, Isaac Díaz-Pardo a Luis Seoane y los gallegos, José Guevara a Guttuso, José Simoes a Viera da Silva. Luego estaban Genovés, Chillida, Bartoli, etc., que se sumarían entusiasmados. «Nuestro pintor fue a España. Allí obtuvo el V.ºB.º de Aguilera Cerni (top secret).» Por último, el director de Ruedo ibérico había solventado con un proyecto digno sus escrúpulos éticos. «Fundación de la empresa. Destinada: 1) a dar premios; 2) a subvencionar investigaciones; 3) a hacer posibles ciertas publicaciones; 4) a establecer un centro de documentación y estudio.»[52] En definitiva se trataba de resucitar, con los fondos económicos de la exposición, el viejo sueño de crear una Fundación Ruedo ibérico, paralela y complementaria de la editorial, cuya tarea sería incentivar la investigación mediante premios y becas, publicar libros importantes pero de sesgo especializado y sin viabilidad comercial, y constituir un centro archivístico y documental a disposición de los investigadores afines a la fundación. Juan Martínez Alier se encargó de redactar las bases del anteproyecto.

Durante los últimos meses de 1972 y principios de 1973 el director de Ruedo ibérico hizo varias gestiones políticas o, como él mismo confesaba sin arrugarse, estuvo haciendo política. Apenas sabemos nada de estos movimientos, aunque todo indica que mantenía contactos secretos con la oposición política moderada o conservadora monárquica, y en concreto de la mano de Antonio García-Trevijano y Rafael Calvo Serer, para construir frentes antifranquistas con los que poner en dificultades al régimen. José Martínez continuaba siendo fiel a sus convicciones libertarias y a su deseo de revolución social, pero después de treinta años de dictadura militar y veinticinco de exilio tenía muy claro que la máxima prioridad era desalojar a Franco y a sus sucesores del poder. Y este objetivo estaba todavía lejos de conseguirse. Con el lúcido sentido crítico que le caracterizaba, no se hacía ilusiones sobre la capacidad de la oposición política para asumir dicho objetivo: «... es lamentable la incapacidad política de los moderados. No menos lamentable el desmoronamiento, inevitable dada la politización partidaria que les dio el pc, de las comisiones obreras; los repetidos hechos de que las mejores acciones de la clase obrera son sobresaltos sin coordinación superior. Peligrosa la evolución de la actual futura socialdemocracia española (con el lobo dentro). Los problemas de Carrillo, hoy ante otra crisis interna que al parecer deja pequeñas a sus precedentes: Claudín; Líster. El resurgir del anarcosindicalismo por todas partes y a nivel obrero. El activismo demagógico de los peores elementos del nacionalismo vasco (ETA V Asamblea, nuevo cuño) que, aunque muy importante y valeroso, impedirá a la clase obrera vasca organizarse y aunar sus esfuerzos con la del resto del Estado (para emplear el lenguaje de lo que queda de ETA VI Asamblea), todo esto me hace ser muy pesimista».[53]

Desde principios de año José Martínez estuvo esperando en París, anhelante, la llegada de su buen amigo José Manuel Naredo y de su mujer María Molero Bravo. La ansiedad no provenía de una crisis de soledad y del deseo de ver a sus dos estimados amigos, sino que tenía razones más prosaicas. Desde el año anterior, el matrimonio de Madrid le había prometido una fuerte inversión de capital en Ruedo ibérico, que nunca llegaba a plasmarse. Él, mientras tanto, había despedido a dos trabajadores, había anunciado el finiquito al resto para el 31 de enero de 1973 y tenía paralizada, desde diciembre, la fabricación de nuevos libros. Y todo eso sin contar con que pronto debería pagar el Premio Ruedo ibérico, cuyo fallo debería anunciarse el mes siguiente, con la consiguiente sangría económica. Pero José Manuel Naredo y María Molero eran personas de palabra, así que en cuanto cobraron la herencia que esperaban, arreglaron sus asuntos personales y laborales y fueron en coche a París. Así pues, el día 23 de febrero de 1973 se firmaba en la sede de Ruedo ibérico un contrato de inversión por el que el matrimonio cedía a Ruedo ibérico 156.000 francos, dinero que en el futuro sería convertido en acciones de la futura sociedad anónima, lo cual significaba la mayor inversión de capital, de una vez, que se ingresaba en las cuentas de la empresa. A dicha aportación extra de capital había que sumar además las anteriores contribuciones del matrimonio, que tampoco eran despreciables, lo cual sumaba entre unas cosas y otras más de dos millones de pesetas. Con ello José Manuel Naredo se convertirá, hasta la desaparición de la editorial una década después, en el máximo cuentacorrentista de la editorial, en su principal benefactor, sustituyendo en la práctica a los antiguos socios. Todo este dinero, al que habría que sumar un préstamo de medio millón de pesetas tramitado por las mismas fechas, era necesario para pagar el Premio Ruedo ibérico y proseguir la actividad editorial.

Días después, a finales de febrero, se comenzó a distribuir el número 37-38 de *Cuadernos de Ruedo ibérico*, en donde se anunciaba el fin de la revista para el número doble 41-42, una vez concluida la serie en curso. Se aducía que *no* «es una revista que interese, o en el mejor de los casos, sólo interesa poco o interesa a poca gente. Luego es una revista inútil, o en el mejor de los casos poco útil (...) si las di-

Desde principios de 1974 llegaron a la sede de Ruedo ibérico fuertes rumores de que el nuevo gobierno franquista de Arias Navarro y su nuevo ministro de Información Pío Cabanillas estaba liberalizando la política de publicaciones y abriendo el cerrojo de la censura. La expectación en el sector editorial español era grande. En febrero el editor Juan Grijalbo tuvo una comida de trabajo con José Martínez, Marianne Brüll y Pierre Brossollet, el abogado de Ruedo ibérico. Grijalbo hacía años que quería publicar *La guerra civil española*, de Hugh Thomas, en España, y por fin había conseguido el plácet del Ministerio de Información y Turismo. Ahora todo era cuestión de llegar a un acuerdo con Ruedo ibérico, que poseía los derechos de edición en lengua española. También la editorial Laya quería llegar a un acuerdo para publicar en el interior *La estabilidad del latifundismo*, y otra editorial pujaba por el libro de Gerald Brenan. Estos negocios desasosegaban al director de Ruedo ibérico, pues entendía que lo que en definitiva deseaban dichas editoriales españolas era desmantelar Ruedo ibérico y repartirse sus despojos.

En París, Antonio García-Trevijano comentó a José Martínez que había que pedir autorización al Ministerio del Interior para que los libros de Ruedo ibérico se importasen legalmente a España, eliminando, eso sí, los más agresivos. Si la autorización llegaba, estupendo para los negocios, y si la denegaban, García-Trevijano aseguraba que se montaría una campaña de prensa adecuada. Ramón Viladás, sin embargo, pensó que todo ello era prematuro y, siguiendo su consejo, el director de Ruedo ibérico volvió a dejar el asunto sobre la mesa, a la espera de tiempos mejores. Con su amarga ironía habitual, José Martínez recordará que «Ricardo de la Cierva ha dicho en Oxford que va a hundir Ruedo ibérico, dejando publicar todo en España. (Esta mañana han agarrotado a Puig Antich).[6] Sus afirmaciones las hizo en público en el St. Antony College, donde fue invitado por [Raymond] Carr».[7]

A finales de marzo de 1974 fue publicado con un año de retraso el número 41-42 (febrero-mayo de 1973) de *Cuadernos de Ruedo ibérico*, al igual que el número anterior. Según José Martínez, único redactor-jefe en activo, la desaparición de la revista se debía «a pérdidas financieras que pesan sobre una empresa de recursos precarios; reducción progresiva hasta la casi extinción del consejo de redacción; escasez de material publicable; ausencia de un mínimo de abonados...».[8] De todos modos el director de Ruedo ibérico no cerraba las puertas al futuro, ya que también aludía a la posibilidad de una reaparición

de la revista si se solventaban dichos problemas. De cualquier modo parecía una bella muerte. Ambos números dobles mantenían las señas de identidad de sus primeros diez años de vida: rigurosa reflexión teórica marxista, acre crítica de la dictadura militar, vanguardia literaria y artística, brillantes estudios sobre la realidad socioeconómica hispanoamericana, y polémicos ensayos políticos en torno a la estrategia de la izquierda española (la mayor parte azuzando al PCE).

Días después aparecieron por la rue de Latran José Manuel Naredo y María Molero, provenientes de Madrid, para asistir a una reunión que dictaminara sobre los futuros derroteros de la editorial. Junto con Juan Martínez Alier y Alfonso Colodrón, José Manuel Naredo formaba en 1974 el triunvirato básico de la editorial, el grupo de cuentacorrentistas que en la práctica había sustituido a los socios fundadores como soporte económico e intelectual de la empresa y de su director. Entre el 10 y 11 de abril de 1974, reunidos en asamblea junto con José Martínez, discutieron sobre las delicadas finanzas de la empresa a partir de los datos que había estudiado detalladamente Juan Martínez Alier. Fruto del cónclave empresarial fue la decisión unánime de suscribir préstamos financieros para relanzar la actividad editorial. De ahí que pocos días después el hermano de Colodrón, José Luis, se aviniera a prestar con intereses a Ruedo ibérico 40.000 francos, que debían devolverse a partir de 1977. También se discutió el mejor modo de quitarse de encima el pesado fardo del diccionario político, por lo cual se convino que un nuevo retiro, durante el verano, en una casa de campo aislada podía rendir buenos frutos. En cuanto a la revista, seguiría si se solventaban sus problemas, pero por el momento se paralizaba su publicación, tal y como le había dicho quince días antes José Martínez a José Martín-Artajo sobre los requisitos imprescindibles para su resurrección: «Un millón de pesetas + un consejo de redacción homogéneo y competente. Lo demás (y es bastante) lo pondrá Ruedo ibérico durante un mínimo de tres años.»[9]

Para entonces, sin embargo, el director de Ruedo ibérico había cometido un nuevo error editorial (tras el del libro de Meynaud, y el del diccionario político) que iba a costar caro a la empresa. Herbert R. Southworth hacía años que estaba escribiendo un libro para Ruedo ibérico sobre la destrucción de Guernica, y se le había ocurrido que dicho volumen, todavía inédito, podría presentarlo como tesis doctoral en la Sorbona. Podría parecer un capricho improcedente que un hispanista de reputación internacional como Southworth, a sus sesenta y cinco años, cuando ya debía estar pensando en jubilarse,

Dos días después se presentaba en París la llamada Junta Democrática, una coalición antifranquista liderada por el eurocomunista Santiago Carrillo, secretario general del PCE, y un grupo de dirigentes liberales partidarios de don Juan de Borbón, que encabezaba uno de los autores ocultos de Ruedo ibérico, Rafael Calvo Serer, y entre los que también se encontraba Antonio García-Trevijano. Para el director de Ruedo ibérico tal hecho no era una buena noticia, porque avizoraba en ello una estrategia política de transición, de reforma, de transformación gradual del franquismo frente a la ruptura revolucionaria que él deseaba, y que pronto comenzaría a propugnar.

De cualquier modo el 4 de agosto José Martínez y Alfonso Colodrón, tal y como tenían acordado desde abril, se marcharon al pueblecito de Prades d'Ardèche, en las estribaciones orientales del macizo central, a unos cien kilómetros al norte de Avignon, a una amplia casona alquilada llamada Champ Gontier, con el objetivo declarado de acabar de una vez el diccionario político, o al menos dejarlo muy adelantado. Marianne Brüll se quedó mientras tanto en París dirigiendo la editorial y atendiendo la administración de la librería. Pocos días después de acondicionar la vivienda comenzaron a llegar a Prades amigos, socios y cuentacorrentistas de la editorial, entre los que estaban Barbara Probst Solomon, Ramón Viladás y su hijo Carlos, José Manuel Naredo y su mujer María, Nicolás Sánchez-Albornoz y su esposa Graciela, y Juan Martínez Alier, todos los cuales se instalaron en el caserón. Los primeros diez días de Prades se invirtieron por tanto en reuniones plenarias sobre los problemas que arrastraba Ruedo ibérico y sobre cómo encarar el futuro, que sirvieron además para que los principales colaboradores de la editorial por fin se conocieran. En dichas sesiones se decidirá volver a publicar *Cuadernos de Ruedo ibérico*, aunque con una línea política definida y un amplio y ágil consejo de redacción, y se asumirá el compromiso de instalar Ruedo ibérico en España en cuanto se liberalice el régimen. Fueron días agradables y relajados, sin tensiones, excepto con Barbara Probst Solomon. Pero al menos la escritora norteamericana se encargó de traducir al inglés el libro *Operación Ogro*, que Ruedo ibérico publicaba ese mismo mes de agosto. «Los demás nos hemos llevado generalmente bien, mientras fuimos muchos. (...) Hemos trabajado bastante –hablando, claro está– aunque no creo que hayamos llegado a resultados muy concretos.» Casi todos eran personas de un carácter tranquilo y apacible, de ideología acendradamente izquierdista y muy cultos, así que los debates, según Martínez Alier, tuvieron un cierto

tono universitario. Ramón Viladás recordará con cariño aquellos días en los que se hicieron gratas excursiones por la montaña, ya que Colodrón, que tenía un fuerte ramalazo ecologista, era aficionado a recoger plantas silvestres, como la albahaca, que utilizaba para condimentar el pesto, o la menta, con la que preparaba una infusión. Para el día 15, sin embargo, ya sólo quedaban en Champ Gontier Nicolás Sánchez-Albornoz y Graciela, y una semana después también se marcharon.

Mientras tanto, en París, Ruedo ibérico comenzaba la distribución de otra bomba editorial, *Operación Ogro: Cómo y por qué ejecutamos a Carrero Blanco*, un escandaloso libro compuesto en primer lugar por una extensa entrevista con los miembros del comando ejecutor de ETA, en los que éstos contaban cómo habían montado el operativo terrorista que había culminado con el asesinato del presidente del Gobierno, y en segundo lugar por unos documentos anexos destinados a dar veracidad al relato. *Operación Ogro* lo firmaba Julen Aguirre, un seudónimo que protegía a la periodista Eva Forest, enlace de ETA en Madrid y mujer del dramaturgo y colaborador de *Cuadernos de Ruedo ibérico* Alfonso Sastre. El volumen aparecía coeditado junto a Ediciones Mugalde, la editorial que difundía las tesis de ETA, pero en realidad Ruedo ibérico sólo aportó su anagrama, la portada y la cobertura jurídica a cambio de 500 ejemplares. Según José Martínez, que trató directamente con dos de los jefes militares de ETA, Wilson y Ezquerra, «yo no me entendí con Wilson, que vino a ofrecerme el manuscrito. (...) yo lo leí en una habitación vigilado por etarras, no pude llevarlo a casa ni nada, era una cosa tan sumamente clandestina... El libro me pareció bueno y dije que lo editaba, pero ni en el tiempo que ellos querían –que era muy poco– ni con el número de ejemplares que pedían, ni con un porcentaje del 25% Nadie cobra esos derechos de autor. Le dije a Wilson que si aceptaba, yo era un tonto o un sinvergüenza».[19] Una vez acordado que Ediciones Mugalde editaría *Operación Ogro* con la colaboración de Ruedo ibérico, José Martínez ideó una hábil maniobra para proteger el libro de la represión que, con toda seguridad, iba a abatirse sobre él. Convenció al senador italiano Lelio Basso para que se prestara a firmar con Ruedo ibérico un contrato ficticio en donde constara que el prestigioso parlamentario italiano se hacía responsable del volumen *Operación Ogro*, tras lo cual despachó a Juan Martínez Alier a Roma para culminar la operación. De esta manera cualquier prohibición provocaría un escándalo internacional y sería contrarrestada con

En una época en la que la censura previa intentaba asfixiar (y en buena parte lo conseguía) a la edición española, un grupo de irredentos exiliados republicanos, socialistas, comunistas y ácratas fundaron en 1961, en el efervescente París de la Rive Gauche, una pequeña editorial, Ediciones Ruedo ibérico, destinada a convertirse, hasta el fin de la dictadura militar tres lustros después, en uno de los faros de la izquierda peninsular, paliando con libros editados en la capital francesa, pasados de contrabando, el empobrecimiento de la cultura histórica, política y literaria de la península ibérica. Asimismo, luchando contra viento y marea, sorteando la represión policial, la incomprensión del Partido Comunista y los desastres financieros, también editarían una de las más imprescindibles revistas de la época: *Cuadernos de Ruedo ibérico.* En ella colaboraron, casi siempre bajo seudónimo para evitar represalias, algunos de los protagonistas políticos y culturales de la transición española: Juan Goytisolo, Joaquín Leguina, Jorge Semprún, Pasqual Maragall, Fernando Claudín, Juan Martínez Alier, Salvador Giner y otros muchos. Al frente de dicha editorial, como director y principal accionista, se hallaba el libertario José Martínez Guerricabeitia, el mítico y arrebatado *Pepe Martínez,* la gran figura olvidada de la edición española de los años sesenta y setenta.

En forma de minucioso relato biográfico, y tras una larga investigación centrada en los ricos fondos documentales del Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, donde se custodia actualmente el Archivo Ruedo ibérico, reaparece con *José Martínez: la epopeya de Ruedo ibérico,* la novelesca vida de este gran e irreductible editor: desde las comunidades rurales anarquistas de los pueblos valencianos y la revolución libertaria proclamada en la guerra civil, pasando por la despiadada represión franquista y los círculos clandestinos libertarios de oposición, el exilio de intelectuales empobrecidos en el duro París de la posguerra, las luchas subterráneas, a veces fratricidas, de los movimientos de oposición antifranquista, la amistad con los disidentes expulsados del PCE, la explosión subversiva del Mayo del 68, el auge neoácrata de los años setenta con la breve resurrección de la CNT..., hasta el olvido y la desaparición pública de Pepe Martínez al final de su vida, en los primeros años del felipismo, contra el cual dirigió sus postreros análisis críticos.

Albert Forment (Sagunto, 1961) es licenciado en Geografía e Historia, en las especialidades de Historia Contemporánea (1984) e Historia del Arte (1993), y doctor en Historia del Arte por la Universidad de Valencia (1995). Fue becado por el Instituto Valenciano de Arte Moderno (IVAM) para la catalogación del archivo y biblioteca privados de Josep Renau (1992-1993). En 1994 recibió el Premio Alfons Roig de la Diputación de Valencia en el apartado de trabajos inéditos de investigación sobre artistas o movimientos de arte contemporáneo. Es autor del guión documental *Josep Renau* y de artículos sobre arte en diversas revistas especializadas y ha publicado los libros *Josep Renau. Història d'un fotomuntador* (1997) y *Joaquim Michavila. Converses amb un pintor d'avantguarda* (1999).

9 788433 905987